

Revista de la CEPAL

Director

RAUL PREBISCH

Secretario Técnico

ADOLFO GURRIERI

Editor

GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA
SANTIAGO DE CHILE / ABRIL DE 1979

SUMARIO

Reinventando el desarrollo: utopías de comités y simientes de cambio reales <i>Marshall Wolfe</i>	7
La internacionalización de las economías latinoamericanas: algunas reservas <i>Héctor Assael</i>	43
Política económica: ¿ciencia o ideología? (Primera parte) <i>Carlos Lessa</i>	59
El Mercado Regional Latinoamericano: el proyecto y la realidad <i>Germánico Salgado</i>	87
¿Qué hacer con la planificación regional antes de medianoche? <i>Sergio Boisier</i>	135
Las teorías neoclásicas del liberalismo económico <i>Raúl Prebisch</i>	171
Notas y Comentarios	193
Ecos del XXX Aniversario	201
Algunas Publicaciones de la CEPAL	207

Política económica: ¿ciencia o ideología?

(Primera parte)

*Carlos Lessa**

Es tan grande la diversidad de criterios utilizados para definir la naturaleza de la política económica que al analizarlos el autor cree estar en medio de una maraña tropical. La tarea que se propone, sin embargo, consiste en presentarlos de una manera sistemática, ordenada, para ayudar sobre todo a quienes se aventuran por primera vez en sus entrañas.

No es una misión fácil ni siquiera cuando, como en el caso de este artículo, sólo se procura ordenar aquellos criterios que el autor clasifica bajo el rótulo de 'ciencia oficial', pues esta última no constituye un cuerpo teórico claro y delineado, sino uno pleno de variaciones y matices. Variaciones causadas no sólo por los virajes propios de una prolongada historia intelectual, sino también por las adaptaciones a que la obligaron los grandes cambios económicos y políticos.

En el inicio de la primera parte de este artículo —la segunda y última aparecerá en el próximo número— el autor presenta y critica el enfoque de L. Robbins, que expresa, a su juicio, el punto culminante de un proceso de 'asepsia' de la economía política iniciado en la segunda mitad del siglo pasado. El análisis crítico de los varios intentos teóricos de transposición y reformulación de la 'fórmula robbinsoniana' con el fin de aplicarla a la política económica constituye el núcleo del artículo; con abundancia de citas, el autor aclara posiciones dentro de la 'ciencia oficial' y establece semejanzas y diferencias entre ellas sobre problemas claves tales como la naturaleza y funciones del Estado, los fines y los medios de la política económica y sus aspectos técnicos y políticos, el papel de los economistas y su pretendida neutralidad ética, y otros.

*Ex funcionario del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social de la CEPAL y actual profesor de la Universidad de Campinas (Brasil).

Introducción

*"Lasciate ogni speranza, voi
ch'entrare".*

(Dante)

Procuraremos reconstruir en estas páginas la controversia contemporánea sobre el concepto de política económica. No pretendemos llevar a cabo una reconstitución integral ni una sistematización exhaustiva. Por lo que sabemos, ésa sería una tarea irrealizable. Sin embargo, creemos que sí es posible identificar las corrientes principales para permitir su análisis, lo que al menos tendrá el mérito de mostrar la confusión imperante en esa materia. Tal es la finalidad de nuestro trabajo.

Entramos en un bosque tropical: oscuridad, árboles y arbustos llenos de plantas parásitas y cubiertos de enredaderas, ausencia de sendas seguras. Exuberante, caótica y resistente es la maraña conceptual y epistemológica de la economía política, la teoría económica, el análisis económico, la ciencia económica, la política económica, la ciencia deductiva y/o empírica, positiva y/o normativa; la economía ¿taxonomía o teoría?; la metateoría; el tratamiento lógico formal y/o dialéctico (¿cuál es la deducción instrumental válida?); la economía reducida a política económica; la economía y la política económica miradas como territorios colindantes o superpuestos, o como países distantes con lenguas diferentes; la ideología y/o la ciencia; la política económica mirada como economía aplicada, como arte o simplemente como política; la política económica racional, científica, empírica; modelos de diversos tipos, etc.

Los textos proliferan, los autores se superponen, las bibliotecas se atiborran. Ya en 1891 Keynes padre (parafraseando a Voltaire, "noventa por ciento de las discusiones se resuelve con un diccionario") sostenía que el problema de si la economía política puede considerarse una ciencia positiva, una ciencia normativa o un arte, o bien una combinación de las tres, es hasta cierto punto tan sólo un problema de nomenclatura y

denominación.¹ Adoptaba así una posición escéptica mucho antes de que se produjese la confusión terminológica actual.

Buscando la salida, caminaremos en círculo; desorientados, volveremos sobre nuestros pasos, pisaremos en terreno blando, tropezaremos con raíces, sentiremos crujir el sedimento en nuestro andar vacilante. Para buscar el rumbo tendremos que trepar al árbol más alto. ¿Pero cuál es el árbol más alto? Nos internamos en la selva movidos por la curiosidad del viajero ingenuo y seducidos por la belleza de la floresta vista de lejos. Ahora, en su interior, percibimos el moho, la humedad, la falta de luz. ¿Dónde ha quedado la perspectiva grandiosa?

Cosas viscosas, terreno traicionero y resbaladizo, insectos que zumban y pican. Estamos en la selva. Inexpertos, no sabemos buscar alimento; hambrientos, aprovechamos tan sólo una pequeña fracción de lo que se nos ofrece. No nos hemos graduado en un curso de supervivencia en la selva. Por el contrario, se nos había hablado de un bosque bucólico y agradable.

Los seres que habitan ese bosque, criaturas zumbadoras, blandas y peludas, pican, aturden, irritan, amedrentan e incomodan. En realidad, penetramos en la floresta con la *Introducción a la economía* del profesor Samuelson y con la buena voluntad del explorador que acampa bajo el recuerdo de Baden-Powell. Y en ella estamos.

Retroceder o avanzar es una opción sin sentido. La selva tropical, con su rápido proceso de reconstitución, apaga el ruido de nuestras pisadas. La búsqueda de un claro en el bosque o de un terreno mejor nos estimula a caminar, y la esperanza siempre renovada mantiene el ánimo. Gradualmente, y a duras penas, adquiriremos experiencia como exploradores, encontraremos mejores alimentos; en la penumbra se nos aguzará la vista; los zumbidos y las picadas molestarán menos. La vivencia de matices, olores y ruidos adquirirá significación para nosotros.

¹J. N. Keynes, *Scope and Method of Political Economics*, McMillan, Londres, 1891, p. 36.

Es muy posible que no encontremos la salida del bosque, aunque haya varias. La hipótesis no nos amedrenta. Si se produce en nosotros la metamorfosis, tenemos un sistema para orientarnos en la selva y sabremos subsistir. Nos ubicaremos bien y con mirada experta veremos árboles soberbios, y siempre nos quedará la posibilidad de subsistir como exploradores y quizá de encontrar algún día una de las salidas.

El esfuerzo por captar el debate conceptual sobre la política económica podrá resultar injusto con un determinado texto. Sin pretender aminorar nuestra responsabilidad, atribuimos la culpa a los mismos autores, que a menudo no se preocupan de dejar en claro sus posiciones y hacen gala de un eclecticismo a veces desorientador, o bien ni siquiera exponen explícitamente sus puntos de vista. En el bosquejo que se intenta aquí, las referencias a los autores se incluyen más bien como un primer esfuerzo por ilustrar las posiciones en el 'mercado', que con la idea de encuadrar al autor en una determinada posición después de haberla evaluado exhaustivamente.

Trataremos de ofrecer una primera aproximación a la clasificación de las distintas posiciones adoptadas ante el concepto de política económica, situándolas en relación con un marco de referencia. Este marco se buscará dentro de la 'ciencia oficial', entendida como el conjunto de elaboraciones intelectuales encaminadas a servir ideológicamente, como apología o bajo ropaje científico, a la defensa del *statu quo*, o a proponer una modalidad de funcionamiento interno del sistema para aumentar su eficacia. Los límites de esta categoría son bastante imprecisos, ya que incluso abarcan proposiciones y demostraciones relativas a la necesidad de perfeccionar el sistema, sin excluir posiciones reformistas aparentemente radicales. Por otra parte, la búsqueda exagerada de una modalidad de funcionamiento puede hacer que partes de la 'ciencia oficial' queden en cierto modo desvinculadas de un determinado sistema. Finalmente, y esto es bien sabido, la posición de la 'ciencia oficial'

cambia al son de las transformaciones experimentadas por el sistema al que sirve en su evolución histórica.

La elección de la línea de la 'ciencia oficial' como principio organizador de nuestra tentativa de evaluación no establece, con todo, un cuerpo central claro y rígidamente delineado. La 'ciencia oficial', adornada por oropeles, en verdad está plagada de dudas. Para estabilizar la historia como promesa de cambios se ve obligada a realizar prodigiosos malabarismos, y tropieza con serios problemas para conciliar sus dos cometidos; lo apologético suele no ser compatible con lo operativo; el mundo académico es una nave codiciada y su tripulación muy competitiva; ningún sistema es homogéneo, sus grupos dominantes acusan diferencias y dan lugar a variaciones en el contenido de la 'ciencia

oficial'. Como la historia no se detiene, las realidades y exigencias del sistema imponen revisiones periódicas del acervo científico oficial.

La 'ciencia oficial' demora en reaccionar ante estas modificaciones y se resiste a frecuentes revisiones y ajustes. Al querer estabilizar la historia choca con su marcha, produciéndose temblores y terremotos en el campo oficial. La simple sucesión de denominaciones: economía política, ciencia económica, teoría económica y análisis económico, muestra en las transposiciones semánticas la inquietud de la 'ciencia oficial'. Estas 'revoluciones' del diccionario reflejan modalidades de desempeño de esa ciencia frente a su doble objetivo, y son de gran significación como cambio del criterio para abordar las cuestiones económicas.

I

Robbins: Promesa de tranquilidad epistemológica o vacío

"Nada contribuye tanto a la paz del espíritu como no tener opinión que expresar".

(Lichtenberg)

Para los fines de la presente sección, Robbins ofrece un marco de referencia de suma utilidad en el cual ubicar los conceptos de política económica en boga. En el tercer cuarto del siglo XIX la 'ciencia oficial' atravesaba por una etapa de ajuste. En el diálogo se daban al mismo tiempo el pensamiento clásico y el neoclasicismo, el primero en honroso proceso de retirada y el segundo, conquistando los títulos de la excelencia académica.

En 1875, en su obra *The Character and Logical Method of Political Economy*, Cairnes propone una delimitación del objeto de la economía y del programa de trabajo científico que conserva algo de la tradición clásica al expresar: "Lo que la astronomía sirve para los fenómenos de los cuerpos

celestes; lo que la dinámica sirve para los fenómenos del movimiento; lo que la química sirve para los fenómenos de las funciones de la vida orgánica, la economía política sirve para los fenómenos de la riqueza: propone las leyes según las cuales estos fenómenos coexisten y se relacionan unos y otros; es decir, expone las leyes de los fenómenos de la riqueza".² En 1874, Walras, en su obra *Eléments d'économie politique pure*, al formalizar su sistema de equilibrio general, síntesis del neoclasicismo, dice que: "en esencia, la economía pura es la teoría de la determinación de los precios, en un régimen hipotético de competencia absolutamente libre". Punto y contrapunto: la búsqueda de las leyes que regulan la producción y la distribución de la riqueza, y la

²Citado por W. Stark en *Historia de la economía en su relación con el desarrollo social*, F.C.E., Buenos Aires, 1961, traducción de Rubén Pimentel y José Manuel Sobrino, pp. 86 y 87.

asepsia de la determinación de las condiciones de equilibrio.

Marshall, el maestro del equilibrio parcial, publica en 1890 su obra *Principios de economía*, que, en sucesivas ediciones revisadas por el autor, será la biblia del neoclasicismo hasta comienzos de los años veinte. En su octava edición (1920) inicia el texto expresando que: "La Economía Política o Economía es el estudio de las actividades del hombre en los actos corrientes de la vida; examina aquella parte de la acción individual y social que está más íntimamente relacionada con la consecución y uso de los requisitos materiales del bienestar". "Así, pues, es, por una parte, un estudio de la riqueza, y por otra —siendo ésta la más importante— un aspecto del estudio del hombre".³ La síntesis de Marshall contiene marcadas reminiscencias clásicas.

El énfasis que pone Cassel en el principio de la escasez y su rechazo de cualquier teoría del valor aparecen en 1918: "La economía es dominada... por el principio de la escasez. Puesto que los medios para satisfacer las necesidades existen sólo en forma escasa, las necesidades deben limitarse y la demanda excluirse de la satisfacción hasta el punto en que los medios existentes basten para satisfacer las necesidades. El principio de la escasez consiste, pues, para la economía de cambio, en la necesidad de coordinar el consumo con un abastecimiento escaso de bienes. Esta es la tarea de la formación de los precios".⁴ La economía política, según Cassel, es una ciencia de las cantidades, de sus recíprocas interrelaciones, y se ocupa de las condiciones de equilibrio concebidas cuantitativamente.

Vemos a la 'ciencia oficial' entrar al siglo veinte llevada por tres vectores: la economía como actividad del hombre que contribuye a

su bienestar material; la economía dominada por el principio universalizante y atemporal de la escasez; la economía orientada a la investigación de los sistemas de fuerzas en equilibrio.

Robbins toma esos vectores y propone una definición para la ciencia económica que, a su juicio, le otorgará una fuerza epistemológica definitiva: "La economía es la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines y medios limitados que tienen diversa aplicación".⁵ Robbins consideró que su definición del campo de reflexión de la economía superaba el difícil problema, implícito en las definiciones de su época, de distinguir entre los actos que contribuyen o no al bienestar material, en torno al territorio 'oscuro' y poco riguroso de la 'riqueza'.

Según este autor, una pregunta a la cual no podía responderse aplicando los conceptos de clasificación disponibles en esa época, que procuraban distinguir entre 'lo económico' y lo 'no económico', es la siguiente: "¿cómo se distribuyen el tiempo y los medios entre las actividades 'económicas' y 'no económicas'?" Ella siempre remite al bienestar y, a su juicio, cualquier respuesta colocaría el universo de los actos humanos 'al amparo' de la economía.

Para Robbins, esto parecía una conclusión ineludible en momentos en que el neoclasicismo —'ciencia oficial'— situaba el problema de la utilidad o inutilidad del trabajo, del ingreso, etc., como elemento central para la determinación del equilibrio. Así pues, como todo el conjunto de actos humanos puede ser cuestionado por la economía, no existiría un campo que pudiera clasificarse de económico, sino más bien un aspecto económico que analizar en toda la actividad humana. Conjuntamente con el atributo esencial de la escasez y la búsqueda del bienestar, la riqueza llevaría siempre

³A. Marshall, *Principios de economía*, Madrid, traducción de Emilio de Figueroa, M. Aguilar, editor, Madrid, 1948, p. 3.

⁴G. Stavenhagen, *Historia de las teorías económicas*, El Ateneo, Buenos Aires, 1959, traducción del alemán por Adolfo von Ritter-Zahony, p. 270.

⁵L. Robbins, *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*, versión española de Daniel Cosío Villegas, Fondo de Cultura Económica, México, 1951, p. 39.

implícita una vinculación entre medios y fines, la naturaleza y las condiciones para que esa vinculación sea eficiente, he allí el aspecto y la meta científica de la economía. Robbins propone una meta que supone compatible con el deseo de máxima racionalidad en toda acción humana. El hombre siempre opta por la vinculación más eficiente entre los fines y los medios, independiente del tiempo y del espacio. La reflexión sobre lo económico, en el campo al que especialmente se refiere Robbins, le asigna a la economía la misión de satisfacer la 'exigencia' de eficacia inherente a toda acción humana. Esta 'exigencia', que debe ser satisfecha por el análisis económico, se basa en la escasez de medios.

El núcleo de la economía es la 'escasez abstracta', cosa a la vez útil y limitada en relación con las necesidades. Está lejos de alcanzarse el objetivo de revelar las leyes sociales de la producción y distribución de la riqueza.

Hemos elegido la definición estrictamente vacía de Robbins por estimar que es el marco significativo de un largo proceso de debilitamiento y reducción de las ambiciones cognoscitivas de la economía política como ciencia.

Los grandes autores clásicos realizaron difíciles conversiones teóricas con el fin de construir sistemas teóricos que habrían de servir para explicar el capitalismo, dando a conocer su estructura y movimiento. El pensamiento neoclásico liberal desde Nassau Senior hasta Marshall desgastó la construcción, emprobreciéndola, y proponiendo que la economía desempeñe el papel de instrumento para descubrir el conocimiento, y no tan sólo 'por' el conocimiento. El marginalismo renunció a poner de manifiesto las leyes de la producción y la distribución del sistema para construir modelos de equilibrio parcial y general.

En la medida misma en que la historia se negaba a adherir a lo real de sus construcciones, el neoclasicismo proponía un valor heurístico y axiológico para sus modelos, cual era la elaboración de la estructura

formal a partir de supuestos sobre las condiciones iniciales, y a la vez ofrecía axiomas de comportamiento como marco de referencia. Este debilitamiento de la propuesta epistemológica de la economía política encontró su marco en Robbins. No porque en esta época se invirtiese el proceso de corrosión, sino tan sólo porque la obra de Robbins apareció en un momento en que el capitalismo confrontaba su peor crisis. En el momento de máximo desconcierto del neoclasicismo, Robbins propuso el vacío de lo formal y de lo universal. Imposible concebir una más perfecta evasión de lo real.

En la segunda parte de este artículo veremos que el proceso de erosión siguió afectando a la economía, una de cuyas corrientes actualmente acepta una condición precientífica de 'caja negra' de instrumentos teóricos, consolándose con el 'poder de predicción' de los modelos.

Extraño destino el de la economía política como 'ciencia oficial'. A menudo se cree que el desarrollo histórico de una ciencia pasa de los fragmentos a la regularidad empírica y a las construcciones parciales y, finalmente, llega a una teoría como explicación de un sistema u orden de fenómenos. La economía política como 'ciencia oficial' alcanza su gran momento teórico al nacer y va perdiendo posteriormente sustancia a lo largo de dos siglos, hasta encontrarse actualmente reducida a la situación de 'caja de instrumentos'. Triste historia es esta que debemos recordar en nuestra caminata por la selva de la política económica.

Por la vertiente o el vértigo del estudio del equilibrio, el neoclasicismo llega con Robbins a lo universal y estrictamente formal. En toda actividad humana hay un aspecto económico. Cabe analizar este aspecto, esta dimensión. En la vinculación entre fines y medios reside el problema de la elección, de la opción. Siendo racional el hombre, y por añadidura la sociedad, la elección debe ser eficiente. El problema de todo individuo y de toda sociedad es maximizar un resultado determinado, condicionado a una determinada disponibilidad de

medios. Napoleoni, al comentar a Robbins, señala cuáles son las condiciones necesarias y suficientes para que pueda aplicarse el adjetivo económico: fines múltiples, fines jerarquizados, medios limitados y medios susceptibles de usos optativos.⁶

La opción es considerada ahora el único principio unificador de la economía. Al situar la economía como ciencia de la acción humana, la definición de Robbins trae consigo una serie de derivaciones. Ante todo, el análisis económico es totalmente neutral en lo que toca a los fines; al centrarse en una relación eficiente de los medios, es positiva (dulce ilusión) en el sentido de que está libre de juicios de valor (incorporados a los fines); no se pronuncia sobre ellos y tan sólo los acepta como datos. Segundo, el análisis económico es deductivo; en cuanto investigación teórica, deducirá proposiciones a partir de postulados universales admitidos *a priori*; las proposiciones deducidas serán necesariamente verdaderas y no tendrán contenido empírico. Tercero, se distingue claramente la contribución técnica del aporte del análisis económico; el conocimiento técnico atestigua la idoneidad de los medios para lograr los fines; la economía acepta el testimonio y evalúa los medios en relación con su escasez frente a los fines elegidos.

El formalismo y el apriorismo de Robbins fueron cuestionados de inmediato.

Seligman resume así este tipo de cuestionamiento: "Lo mejor que podía decirse de la presentación metodológica de Robbins era señalarla como un riguroso ejercicio de formalismo económico, pero era una presentación que impedía que el economista hablara de problemas importantes. La elección se convertía en un acto abstracto de comportamiento; no era posible un juicio auténtico, porque no se permitía ningún comentario de cómo estaba condicionada la elección. Tal como una vez señaló Launcelot Hogben, el juicio racional sobre la elección requería

mucho más conocimiento del que los economistas están dispuestos a admitir. Quizás era ésta la razón por la que se definía la elección como elección. El resultado era una formulación tan general de la ciencia económica que el equilibrio era, simplemente, un equilibrio de fuerzas. Y la ciencia económica se convirtió en un tipo especialmente pervertido de escolásticas, una 'desértica dialéctica de la escasez', manifiestamente libre de contenido sustantivo. En resumen, Robbins quiso crear una economía tan precisa en definición y contenido, tan formal, que estaba amenazando su pretensión de status científico".⁷ Esto no impidió que Robbins fuese honrado con el título de par del Reino. Más adelante se darán pautas para resolver este misterio.

En 1937, Morgenstern se manifestó contrario a la posición de Robbins por su contenido empírico: "Los escasos autores que niegan a la economía el carácter de ciencia empírica, en el intento de asignarle el valor 'más elevado' de ciencia *a priori*, se encuentran ante una dificultad poco envidiable: porque de una parte no pueden y no desean negar los progresos de la teoría, pero de otra parte ven en estos progresos un serio desafío a la validez de las inferencias, que se refieren a la política económica trazada sobre el pensamiento de aquellas proposiciones llamadas *a priori*... Una economía teórica *a priori* no existe".⁸

Codelier precisa la crítica al formalismo de Robbins: "La economía ya no es un dominio particular de la vida social, sino que se presenta... como un aspecto de toda la actividad humana a condición de que ésta procure 'economizar' sus medios. Toda la actividad dirigida llega a ser, de derecho, económica o, al menos, ya lo es en esencia;

⁶C. Napoleoni, *El pensamiento económico en el siglo XX*, traducción de Alejandro Pedrós Abelló, Ediciones de Occidente, S.A., Barcelona, 1964, p. 31.

⁷B. B. Seligman, *Principales corrientes de la ciencia económica moderna* (El pensamiento económico después de 1870), Oikos-Tau Ediciones, Barcelona, 1967. Versión castellana de Antonio Casahuga Vicardell, José A. García Durán de Lara, Pascual Maragull Mira y Federico Rahola Vicens.

⁸Citado en Ferdinando Di Fenizio, *Economía política*, trad. de Fabián Estapé, Bosch, casa editorial, Barcelona 1958, p. 20.

por lo tanto, ninguna lo sigue siendo en la realidad y la economía política se disuelve en una teoría general de la acción que en nada se distingue de las teorías de lo político, de lo religioso, etc.”⁹ Así, pues, Robbins puso fin a un largo proceso de ‘asepsia’ de lo económico, iniciado en la segunda mitad del siglo XIX.

Pero Robbins no se limitó al campo exclusivamente formal. Al situar a la economía como ciencia deductiva construida en función de postulados universales admitidos *a priori*, impuso que en la selección de los postulados se usara el sentido común. De la teoría del consumidor adoptó como postulado la existencia de preferencias susceptibles de jerarquización, prescindiendo explícitamente del apoyo de una teoría psicológica; de la teoría de la producción admitió, como postulados basados en el sentido común, la existencia de distintos factores de producción y la ley de rendimientos decrecientes. Aunque supusiera adoptar tales proposiciones sólidamente apoyadas en el sentido común y desprovistas de connotaciones axiológicas, al aceptar esos postulados —una dicotomía consumidor/productor, preferencias (indicando los fines), y una trilogía de factores de producción y utilidades decrecientes (como medios)—, Robbins funcionaba en su ámbito esencial, el de la ideología neoclásica.

Pese a que su teoría carece de contenido y fue duramente criticada por sus colegas neoclásicos, hubo, hay y todo indica que seguirá habiendo una legión de robbinsianos. Esto se debe a que, como dijo Lowe: “...sólo existe un conjunto de microobjetivos modales o pautas de acción compatible con los esquemas de acción planteados por la ley de la oferta y la demanda” y “...estos objetivos modales no pueden modificarse por una preocupación por los objetivos finales, sean ellos el prestigio basado en el consumo de ostentación, o el mantenimiento del *statu*

quo en materia de oferta o cualquier otra fuente de ‘satisfacción’”.¹⁰ ¿Cuál es este conjunto? Lowe explica que: “...el rótulo bajo el cual aparecen estos microobjetivos modales (como consenso de la teoría clásica y moderna del mercado) experimentó varias modificaciones —desde el clásico deseo de mejorar la propia situación, al ‘afán de lucro’, al principio de la maximización, etc. ... incluiremos esta doble directriz —maximización y minimización— en el concepto más amplio de ‘principio de los extremos’ (*extremum principle*).”¹¹

Lowe demuestra que el ‘principio de los extremos’ es fascinante debido a su formalismo y porque constituye una base para la determinación de soluciones. (Como es natural, se necesitan además otras condiciones.) La amplia acogida prestada a la definición de Robbins demuestra que, pese a su obvia vulnerabilidad, viene como anillo al dedo a todos los que construyen la teoría económica como un esquema de equilibrio estático. Como es formal y corresponde a una necesidad lógica de muchos pensadores, en la medida en que la economía —como Poncio Pilatos— se lave las manos respecto de los fines, la fórmula de Robbins admite múltiples contenidos y lo tiene todo (o nada) para contentar a griegos y troyanos.

Un archiliberal químicamente puro como Von Mises, que reduce la economía a dos ciencias complementarias —la praxeología, ciencia de la acción humana, y la cataláctica, ciencia que estudia los fenómenos del mercado— es un entusiasta partidario de Robbins.

Von Mises dice: “el objeto de la praxeología consiste en investigar las categorías de la acción humana. Para mentalmente aprehender cuantos teoremas praxeológicos existen, bástale al interesado con percatarse de la esencia de la acción humana... Para cabalmente comprender los aludidos teore-

⁹M. Godelier, *Racionalidade e Irracionalidade na Economia*. Edições Tempo Brasileiro Ltda., Río de Janeiro, sin fecha (traducción del original francés), p. 22.

¹⁰A. Lowe, *On Economic Knowledge: Toward a Science of Political Economic*, Nueva York, Harper and Row, 1965, p. 36.

¹¹*Ibid.*, p. 37.

mas no se requiere acudir a experimentación alguna ...debemos concentrarnos y reflexionar sobre la estructura de la acción humana... Como el lógico y el matemático, el conocimiento praxeológico lo llevamos en nuestro interior; no nos viene de fuera... Es erróneo pensar que existe una vía histórica para abordar el estudio económico, como tampoco hay una economía puramente teórica. Existe la economía, de un lado, y la historia económica de otro. Nunca deben ser confundidas entre sí ambas disciplinas. Todo teorema económico resulta válido y exacto siempre que concurren las circunstancias previstas por el mismo... La praxeología —y, por tanto, también la economía— es una disciplina de índole deductiva. Su procedencia lógica deriva de aquella base de la que parte en sus deducciones: la categoría de la acción...”¹²

En el extremo opuesto, Lange —socialista de corazón y neoclásico por reflexión— también se alista en la legión robbinsiana. Lange nos enseña que: “La actividad económica del hombre es una actividad consciente e intencional... Los estímulos económicos determinan los objetivos de la actividad económica y la reacción a estos estímulos consiste en la adopción de medios que sirvan para lograr estos objetivos. Por lo tanto, la actividad económica consiste en alcanzar objetivos definidos recurriendo a medios determinados”¹³ Después de enseñarnos que, en el capitalismo, la racionalidad microeconómica surgió en el plano de la empresa, Lange expresa que en el socialismo dicha racionalidad se amplía a todo el campo social. Este pasaje —donde expone su elección ideológica— anuncia el predominio del principio de la racionalidad económica, así definido: “Este principio comprueba que para la obtención del fin en su grado máximo, hay que actuar de modo

que se logre para determinado consumo de medios el grado máximo de obtención del fin, o bien, de modo que con un consumo ‘mínimo de medios’ se logre el fin en un determinado grado.”¹⁴ “Como en la actualidad la racionalidad es el rasgo característico de muchos sectores de la actividad humana, surgió un problema: descubrir lo que es común a todos los sectores de la actividad racional. De esta manera nació la ciencia de la actividad racional: la ‘praxeología’ ... que también puede definirse como lógica de la actividad racional.”¹⁵

Robbins, cual comandante de la legión extranjera bajo la bandera del formalismo, recluta y ‘unifica’ tropas que actúan con motivaciones muy diferentes: Von Mises y Lange marchando juntos (fascinante espectáculo).¹⁶

Al hechizo de lo formal se añade el poderoso atractivo de lo operacional; a primera vista la fórmula de Robbins permite ‘profesionalizar’ la reflexión económica. Godelier expresa que la teoría formal ve en los provechosos resultados de la investigación operativa, que tanto ha contribuido en los últimos años a perfeccionar los instrumentos prácticos de gestión económica, el testimonio de su naturaleza apodíctica, pero que la investigación operativa no es una rama de la economía política, sino un conjunto de procesos matemáticos que permiten maximizar o minimizar el valor de una función-objetivo. Según Godelier, los resultados más importantes en materia de administración racional de la empresa han sido obtenidos por economistas, matemáticos o ingenieros que exploraron las posibilidades de análisis que ofrecían algunos instrumentos matemáticos antiguos (cálculo infinitesimal) o más recientes (programación lineal, no lineal; teoría de los juegos, etc.).¹⁷

¹⁴*Ibidem*, p. 155.

¹⁵*Ibidem*, p. 139.

¹⁶En esta obra, Lange declara que no forma parte de la legión robbinsiana, y rechaza todo lo que lo aproxime a Von Mises. (Véase Lange, *op. cit.*, p. 348.)

¹⁷M. Godelier, *op. cit.*, 23 y 24.

¹²Ludwig von Mises, *La acción humana*, Sopec, Madrid, 1968, pp. 97-102.

¹³Traducido de Oskar Lange, *Moderna Economía Política. Principios Gerats*. Fundo de Cultura, Río de Janeiro, 1963, p. 139.

El atractivo que ejerce la operacionalización-profesionalización realizadas bajo la égida de la ciencia robbinsiana no es desdeñable. Permite que el economista se cubra con los ropajes de operador modesto y responsable, con la etiqueta de la ciencia; le permite sentirse ingeniero; le permite eludir fútiles debates o su inquietante alterna-

tiva: tratar de verlo todo; delimita un campo de actuación. A cambio de esto debe renunciar a sus facultades críticas. Muchos estimaron que ello bien valía la pena; en el futuro, ciertamente muchos considerarán que es una gran ventaja. Lord Robbins siempre tendrá un mercado.

II

La ingenua transposición de la fórmula de Robbins

"...Y aunque es verdad que San Juan Evangelista vio en sus visiones extrañísimos monstruos, nunca concibió criatura más horrenda que algunos de sus comentaristas..."

(Chesterton)*

La fórmula de Robbins, que centra lo económico en la articulación racional (eficaz) entre fines y medios, reduce la dimensión crítica de la economía política a una árida 'dialéctica de la escasez'. Lo formal y lo operativo ejercen una poderosa fascinación —el 'buen negocio' es atractivo. Los pensadores giran como mariposas en torno a su fascinación. Aun cuando quemen sus alas con mucha rapidez —hay una trampa en el campo supuestamente neutral de los medios—, eso no impide que la lámpara asesina atraiga continuamente nuevas bandadas de lepidópteros-pensadores.

El diccionario de economía política de Silvio Bocchi dice al respecto que "la política económica es aquella parte de la ciencia económica que estudia las formas y efectos de la intervención del Estado en la vida económica con el objeto de conseguir determinados fines". Por lo tanto, según esta definición, la política económica: a) no se distingue conceptualmente de la ciencia económica cuyos métodos de análisis y esquemas lógicos aplica; b) estudia las formas y efectos de la intervención del Estado en la vida eco-

nómica con el fin de establecer si dichas intervenciones fueron, o serán, aptas para alcanzar los fines que el Estado pretendía o pretende conseguir a través de ellas; c) adopta tales fines como los 'datos' del problema sobre los cuales no cree que deba emitir un juicio moral, político o, en suma, extraeconómico. Así concebida, la política económica es, al igual que la ciencia económica, una 'ciencia de teoremas' o una filosofía de lo 'posible'. Consiste, con más precisión, en un conjunto de uniformidades o leyes relativas a la actuación del Estado.¹⁸

Sin embargo, no tan sólo la lectura de las definiciones de los diccionarios lleva al *harakiri* intelectual. Es propuesto con la mayor seriedad en el manual de los cursos de derecho y de introducción a la economía empleado en las escuelas francesas. En 1956, Raymond Barre propone la siguiente joya del pensamiento: "Si se parte de la definición que sostenemos —la economía política es la ciencia de la administración de los recursos escasos dentro de una sociedad humana—, se puede precisar el campo y el

¹⁸S. Bocchi, *Dizionario de economia politica*, Milán, 1956, p. 1353. La definición de política económica que da el *Diccionario de economia politica*, dirigido por Claudio Napoleoni, Ediciones Castilla, Madrid, 1962, versión española de José Blasco Martín, Adolfo Iranzo González y Pablo Ortega Rosales, es idéntica a la de Bocchi. En Italia, donde la tradición de la cátedra de política económica es más antigua, parece que ésta es la definición oficial. Comparte la misma definición G. Di Nardi. *Lezioni di Economia Politica*, Bari, 1950.

**Ortodoxia*.

contenido de la Economía política. Comprende cuatro series de operaciones 1::: 2::: 3::: 4. La orientación de la política económica se hace en función de ciertos objetivos políticos o sociales. El economista no tiene, como tal, que pronunciarse sobre esos objetivos. Debe tomarlos como datos y puede, entonces, con tanta objetividad e indiferencia como si se tratase de otra materia, formar juicios de concordancia o no concordancia entre un fin y una institución, o de conveniencia o no conveniencia entre este fin y los medios a emplear...¹⁹

Las dos concepciones citadas simplemente trasladan la fórmula de Robbins a la política económica. Esta es la acción del Estado, que por ser un agente persigue fines y dispone de medios. Como cualquier agente, pretende o debería pretender ser racional; por lo tanto se interesa o debería interesarse porque haya una eficiente articulación entre fines y medios. Para eso estamos aquí. Somos especialistas en actuar eficazmente. Como modestos operadores, no nos pronunciamos sobre los fines; sin embargo, tenemos mucho que decir sobre una articulación eficaz.

Hay un pequeño problema, y para ubicarlo recurramos a Torres, otro robbinsiano: "Hemos visto que la naturaleza de las cosas ha escindido horizontalmente la actividad económica pública y creado así una división del trabajo que se manifiesta en dos posiciones netamente distintas: la fijación de los fines, que compete al político, y el descubrimiento de los medios o medidas para conseguirlos, que es tarea del economista. Pero esta escisión no ha formado dos compartimientos estancos; porque, por ser uno el problema económico, debe haber entre aquellos compartimientos al menos ciertas zonas permeables a la influencia recíproca... La teoría de la actividad económico-pública puede elaborarse desde muchos puntos de vista, pero acaso el más directo y entero

consiste en considerarla como un aspecto, y el más importante, de la coordinación económica. En realidad, los problemas fundamentales que tiene que resolver son problemas de coordinación. De coordinación de los fines y de coordinación de los medios".²⁰

Torres captó, si bien de manera confusa, algo que se escapó a Bocchi y a Barre. El Estado persigue fines y dispone de medios. La articulación entre los fines y los medios en el plano del Estado plantea un problema de 'coordinación' de los fines y de 'coordinación' de los medios.

Robbins, como liberal de antiguo cuño, propuso su definición teniendo presentes a los agentes del ideario microeconómico neoclásico: el consumidor, la empresa, el propietario de los factores de producción, etc. No pensó en la acción eficaz del Estado, pues para él, como liberal a la antigua, el Estado es un mal necesario, cuya actuación en lo económico debe reducirse al mínimo indispensable, si bien su papel como institución encargada de mantener las reglas del juego es vital.²¹ ¿Cuál es el juego por jugar? Respuesta: el juego del mercado, el libre juego de las fuerzas de mercado. En este juego el Estado tiene una pequeña —de preferencia mínima— participación económica directa (su importancia es institucional, como administrador 'de la mano del legislador').

Cuando se transpone ingenuamente la definición a la teoría de la política económica, sin incluir los aspectos que el profesor Knight estima fundamentales: es decir, sin una ética y una sociología adecuadas en un amplio sentido, la economía tiene poco que decir de la política —o sea, sin que se recomiende una mínima intervención del

²⁰Manuel de Torres, *Teoría y práctica en la política económica*, Madrid, Aguilar, 1961, p. 22. El profesor Torres es decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid.

²¹Véase Robbins, *op. cit.* y también del mismo autor: *Teoría de política económica*, versión española de Luis Guereca Tosentos, Ediciones Rialp S.A., Madrid, 1966.

¹⁹Traducido de A. Marchal y R. Barre, *Economie Politique*, París, Presses Universitaires de France, 1958, pp. 31 y 32.

Estado, surge el problema de la 'coordinación' de fines y medios.²²

Veamos lo que dice otro robbinsiano, el profesor Taylor, en un párrafo revelador: "Las teorías y normas económicas típicas de los sistemas fascistas apenas pueden interesar a los economistas como tales, porque casi no tienen consistencia o racionalidad desde un punto de vista económico. Los fines esenciales de los regímenes fascistas no son económicos —hacer que los recursos y las energías productivas del pueblo sean usados o aplicados en la forma más eficiente posible para la satisfacción completa y abundante de todas sus necesidades humanas ordinarias—, sino lo son extraeconómicos, políticos, militares y sociales-culturales: hacer que la economía o sistema de todas las actividades económicas o uso de los recursos, estén sometidos a la maquinaria del Estado y a los fines vagos y variables perseguidos por las autoridades en nombre de la voluntad nacional de poder y grandeza".²³

Pensamos que a estas alturas el lector debe estar confundido. ¿Cómo considerar robbinsianos a Knight y Taylor? El primero exige una ética, el segundo invalida los fines del Estado fascista. Si, según Robbins, la economía es neutral en lo que toca a los fines, ¿cómo condenar al Estado fascista por perseguir fines no económicos? Taylor y Knight no son verdaderos robbinsianos. No obstante, Taylor definió la política económica como si lo fuera.

Analizando a Taylor, Knight y Robbins, llegaríamos a la conclusión de que todos ellos concuerdan en que:

- a) los agentes microeconómicos neoclásicos confrontan un problema 'económico': articular fines y medios

²²F. H. Knight, "Ethics and economic reform", *Económica*, noviembre de 1939, citado por R. Walker en *De la teoría económica a la política económica*, versión española de Ramón Vereá Real, Aguilar, México, 1950, pp. 20 y 21.

²³Overton H. Taylor, *Historia del pensamiento económico*, Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina, 1965, p. 485. El profesor Taylor pertenece a la Universidad de Harvard.

de acuerdo con el 'principio de los extremos';

- b) la 'teoría', como deducción de proposiciones universales que pueden confirmarse a partir de determinados principios explicativos que no se dan de inmediato, admite que tales agentes son racionales (en el sentido de que exigen eficacia) y la economía puede indicar a estos agentes microeconómicos la manera de lograr, en determinadas condiciones, posiciones 'maximizadoras' de cualesquiera fines que los motiven; los agentes microeconómicos pueden optar por cualquier fin;
- c) desde ya se prevén las condiciones para la maximización de todos y cada uno de los agentes microeconómicos: son las conocidas condiciones de la competencia perfecta;
- d) el Estado es una institución y no un agente económico; como agente alteraría estas condiciones y debe tener básicamente un fin: permitir el libre juego de las fuerzas del mercado.

Por consiguiente, si consultaran a Robbins los osados legionarios que trasladan su definición a la teoría de la política económica, éste les haría una advertencia: cuidado con la 'coordinación' de la acción del Estado, ya que éste no es un agente. Yo no autorizo esta transposición; mi concepto sólo vale para agentes racionales: los microagentes. No es válido para un macroagente: el Estado gigantesco que, aparte de ser potencialmente irracional, con su presencia desmesurada invalidaría la racionalidad microeconómica. No obstante, me temo que muchos de sus seguidores no hicieron la consulta. El lector deberá tener paciencia, ya que más adelante volveremos sobre esta reflexión.

Por el momento concentraremos la atención en otros problemas subyacentes en la difusión de la 'innovación' robbinsiana y en su simple transposición, conservando como marco de referencia las definiciones de Bocchi y Barre.

Ante todo, cabe señalar la insistencia en la división del trabajo político-técnico. El plano político administra el poder y establece los fines. El economista que posee un conocimiento científico especializado en 'economizar' medios cumple la función neutra y objetiva de indicar la 'economicidad' relativa de los medios disponibles. El político, si es racional, acogerá este consejo del especialista y elegirá el medio mejor (miel sobre hojuelas). Así, pues, el plano técnico dotaría a la articulación de fines y medios de una base científico-racional, de tal modo que al político le corresponderían tanto la gloria como la responsabilidad de la decisión. El economista se mantendría neutral y científico y, como Poncio Pilatos, no contaminaría sus limpias manos. La ciencia permanecería pura e inmaculada. Meynaud capta perfectamente el punto "... la determinación de los fines de la actividad gubernamental representa una tarea compleja: ¿está fundado el economista como tal para desempeñar un papel en este proceso?... Podrían algunos ... afirmar que la vocación de la ciencia económica es orientar la acción gubernamental y esforzarse por dar pruebas de ello. Pero, tomando posición como tal, el técnico compromete su disciplina a los ojos de la opinión y de los círculos dirigentes. Corre el peligro de desacreditarla con errores y afirmaciones discutibles; de cualquier modo la convierte en objeto de polémicas. Por consiguiente, el economista tiene un interés cierto en precisar los límites dentro de los cuales, en su conducta individual, puede legítimamente referirse a la ciencia o, en otros términos, invocar una cobertura científica".²⁴

He aquí una ética de extraordinario atractivo: "La doctrina de la separación de los fines y los medios, del divorcio entre la ciencia y la tecnología, por una parte, y la formulación de objetivos y de valores, por la otra". Baran dice: "Abstenerse trasladando a otro campo" es una ética de neutrali-

zación del intelectual como crítico social.²⁵ El *establishment* que sirve de aval acepta un intelectual que se comporta bien; el intelectual, liberado de la incómoda reflexión sobre la racionalidad de todo, alivia su conciencia al sentirse un operador dentro del sistema, preocupado tan sólo de la eficacia del segmento en que actúa. Está con la ciencia que, como antigua vestal, le permite hacer cualquier cosa que se le exija sin que nada venga a enlodarlo. Snow, citado por Baran, dice: "aquellos que desean salvarse dicen: nosotros producimos las herramientas. Nos detenemos aquí; a ustedes, el resto del mundo, los políticos, les corresponde decidir cómo habrán de usarse estas herramientas. Pueden usarlas con fines considerados malos por la mayor parte de nosotros. De ser así, lo sentimos. Pero, como científicos, no nos concierne".²⁶

No puedo evitar evocar la imagen del "maximizador" alemán que, en 1942, inclinado sobre su mesa de trabajo, trataba de minimizar el uso de vagones/día para una operación de transporte de judíos a Treblinka. Esa noche, dominó cualquier vacilación —soy técnico y como tal 'neutral y objetivo'— y se durmió tranquilo porque la Vestal velaría su sueño: la maximización de la racionalidad parcial y la maximización de la irracionalidad global, conciliadas.

Esta ética se conjuga con la lobotomía del análisis. Delimitando un campo para la reflexión, cuidadosa y juiciosamente desconectado de los demás dominios del hombre, el economista, con el análisis económico, permanece ciego a la historia, a la transformación, al total en que está inserto.

Nuevamente, Baran muestra por qué la lobotomía no es dolorosa: "En nuestras sociedades, los trabajadores intelectuales, obligados a no ser identificados como trabajadores manuales, tienden a atribuir existencia real a su propia posición; a exagerar la

²⁴Jean Meynaud, *La elaboración de la política económica*, Editorial Tecnos, Madrid, 1961. Versión española de Jorge Petit Fontseré, p. 122.

²⁵P. Baran, "A Missão do Intelectual", *Monthly Review*, febrero de 1961.

²⁶P. Baran, "El compromiso del intelectual", *Trimestre Económico*, vol. 28, N.º 112, p. 654.

dificultad de su trabajo y la complejidad del talento necesario para desempeñarlo; a exagerar la importancia de la educación formal, de los títulos académicos ... el trabajador intelectual ... no está interesado en la relación existente entre el segmento del comportamiento humano dentro del cual suele operar, y los demás segmentos, ni entre aquél y la totalidad del proceso histórico. Su lema 'natural' consiste en no meterse en lo que no le importa ... Acostumbrado a pensar en términos de capacidad, experiencia y habilidad, el trabajador intelectual considera que el estudio de los problemas propios, en relación con el total, es una especialidad entre muchas. Para él, este dominio o campo de acción pertenece a los filósofos, a los funcionarios de la religión o a los políticos, al igual que los asuntos referentes a la 'cultura' o a los 'valores' corresponden a los poetas, a los artistas y a los sabios".²⁷

La propuesta de división del trabajo político-técnico se basa directamente en la idea de la neutralidad de los medios; en la idea de que la opción política asume la responsabilidad de arbitraje en el plano conflictivo de los procesos político-económicos: la elección de los fines. Reconoce que la elección de un fin entraña un arbitraje absoluta o relativamente favorable respecto de unos y desfavorable respecto de otros. No obstante, una vez establecido el fin, supone la existencia de consenso en cuanto a la conveniencia de que haya máxima eficacia en su consecución. Como el técnico es un especialista en medios, actuaría por lo tanto en un plano no conflictivo. Este supuesto es sumamente precario.

Sin profundizar más en la materia, hay que tener presente que la elección del fin corresponde tan sólo a una declaración de intenciones, ya que la definición y la efectiva aplicación de los medios es lo que da fundamento al fin (si bien no necesariamente). Las declaraciones de intención suelen ser vagas o muy amplias, de suerte que

obtengan el máximo de consenso.²⁸ En realidad, el 'pierde o gana' se define al aplicar los medios. Desde el punto de vista objetivo, el técnico que garantiza determinados medios, aunque la elección sea formalizada por el político, está —al contrario de lo que supone (si bien a menudo lo descubre tan pronto participa en procesos político-económicos)— muy próximo al plano más conflictivo de la política económica.²⁹ La neutralidad de los medios sólo existe en los textos de política económica.

Para la acción político-económica del Estado, la transposición ingenua del binomio fines-medios de Robbins es motivo de gran confusión. Desde el punto de vista microeconómico, el agente neoclásico tiene un objetivo (fin) y dispone de recursos (medios). Por ejemplo, el consumidor supuestamente pretende maximizar la satisfacción (fin) y dispone de medios (ingresos y activos ya acumulados). Cuando se transpone ingenuamente la fórmula robbinsiana a la acción del Estado, el binomio fines-medios contribuye a una prodigiosa confusión semántica. Los fines del Estado no son microeconómicos: se refieren al funcionamiento del sistema económico en su conjunto; a la conveniencia de obtener resultados de la interacción de comportamientos individuales complejos. Uno de los componentes de este comportamiento global es la responsabilidad ejecutiva directa del Estado, otro

²⁸ "...la mayoría de los programas (político-económicos) se reducen a simples declaraciones de intención ... Los partidos políticos son, en gran parte, responsables de esta confusión, en la medida en que la voluntad de atraer el máximo de electores les conduce a buscar fórmulas bastante vagas para no desechar a nadie ... meros *slogans*: prosperidad general, justicia social" (alivio de la inflación; aceleración del desarrollo económico y social, etc.). Meynaud, *La elaboración de la política económica*, op. cit., p. 129.

²⁹ "El político limita de buen grado sus preocupaciones a los títulos de los capítulos (del proceso político-económico) o a los pequeños detalles de importancia electoral. El especialista se encuentra evidentemente mejor capacitado para dar a estas preferencias (del político) un contenido operativo." Meynaud, *ibid.*, p. 130. Si bien no estamos totalmente de acuerdo con lo que dice Meynaud, no hay duda que el técnico está en medio de la contienda.

²⁷ *Ibidem*, pp. 652 y 653.

deberá ser el resultado del comportamiento de los demás entes sociales inducidos, y obligados, o lo uno o lo otro, por las medidas adoptadas por el Estado, a comportarse de manera de contribuir a los resultados deseados. Con esto queremos señalar que, a los efectos de la política económica, el comportamiento del Estado es un medio, tal como lo son también los comportamientos de los demás entes sociales.

Aceptando, por ahora sin discusión, la idea de que el Estado es el ente-sujeto de la política económica y los demás actores sociales sus entes-objetos, resulta fácil descubrir el motivo de la confusión. Sólo hay que usar el binomio fines-medios cuando se trata de un ente aislado. El Estado, concebido como un ente aislado, podría tener un fin robbinsiano. Por ejemplo, minimizar el gasto fiscal (medios) de un determinado nivel de prestación de servicios públicos (fin). Sin embargo, cuando se habla de maximizar el bienestar material de la sociedad, no se habla de un fin en el sentido que le atribuye Robbins. Se habla de un vago objetivo político-económico, que se desdobra en una compleja red de subobjetivos para cuya consecución convergerían el comportamiento del Estado y de todos los demás entes del sistema económico y social.

El comportamiento directo del Estado y su acción inductiva, directiva y coercitiva, sobre los demás entes sociales, contribuiría a perseguir el vago objetivo global, a través de toda la red de subobjetivos. Los medios de que dispondría para ello serían los instrumentos de la política económica. Y estos instrumentos político-económicos no son los medios de la fórmula de Robbins. La simple transposición no muestra que (con menor ilegitimidad y en la mejor de las hipótesis) la expresión "medios" sólo podría aplicarse al comportamiento del Estado y de los demás entes sociales, junto con utilizar la expresión "fin" aplicada a las realizaciones que se desea lograr para el sistema en su conjunto.

El instrumento político-económico no es el medio robbinsiano. Para Robbins, como buen neoclásico, los medios de que

disponen los microagentes (consumidores, empresas, propietarios de los factores, etc.) son "propiedad legítima" de quienes los detentan, que los obtuvieron a través del libre juego de las fuerzas de mercado en el pasado y en el presente. Los instrumentos de que dispone el Estado son arbitrios con los cuales se ha dotado a esta institución. Su posesión por parte del Estado no deriva del juego de mercado. Es producto de un complejo y conflictivo proceso social, por el cual fue históricamente "equipada" la institución de instituciones, el Estado. Es resultado de un determinado esquema de organización social. La composición del conjunto de instrumentos político-económicos, la forma en que operan, los límites de su aplicación, son materia de controversia y, en sí, son el resultado siempre transitorio de procesos político-sociales.

En síntesis, trasladado a la política económica, el uso del binomio fines-medios, que para Robbins tenía un sentido preciso, adquiere gran imprecisión y origina confusiones de tremendas consecuencias bibliográficas. Páginas y más páginas reflejan el esfuerzo de los ingenuos robbinsianos por buscarle una salida a la trampa terminológica. A menudo se tropieza con el angustioso problema de la causalidad, del huevo o la gallina: medio como fin, fin como medio. Creemos que el uso del binomio objetivo-instrumento evitaría la lectura de aquellas páginas de ingentes y estériles esfuerzos. Objetivo político-económico serían las realizaciones que se desea lograr para el sistema económico como un todo susceptible de desdoblamiento en una red de subobjetivos. Instrumentos político-económicos serían los arbitrios de que dispone el Estado para llevar a cabo sus acciones directas, o inducir, dirigir o coercionar a los demás entes sociales para que actúen conforme a los subobjetivos elegidos. Sin embargo, existe una tendencia a conservar el binomio fines-medios, y renuencia (en los manuales de política económica) a utilizar el binomio objetivo-instrumento. ¿A qué se debe la preferencia por esta terminología confusa? (inercia de lo

vernáculo, quizá!). Para algunos, resulta cómodo estar con la tradición. Sin embargo, pensamos que existe una razón de fondo. El binomio fines-medios facilita la venta subliminal de la idea de legitimidad en sí, demostrada por la ciencia económica, de ciertos fines y de ciertos medios. Principalmente, de ciertos medios (instrumentos). El punto de vista liberal abona la legitimidad científica de un conjunto determinado de instrumentos en que sobresalen los de acción por inducción, de preferencia a los directos, de dirección y de coerción. Además, tiende a dar más legitimidad a los de aplicación no personalizada o personalizable. En estos términos, los instrumentos monetarios y fiscales siempre aparecen como los más legítimos. El concepto de instrumento tiene el defecto de esclarecer demasiado el carácter convencional y operativo de los arbitrios en poder del Estado. Es útil para la dimensión operativa de la 'ciencia oficial', pero algo incómodo para su apologética.

La legitimidad, ideológicamente otorgada por la 'ciencia oficial' a los instrumentos monetarios y fiscales (únicos que merecen cátedras especializadas de política monetaria y fiscal en los currícula de la carrera de economía); la desconfianza y los prejuicios académicos acerca de los instrumentos de acción por dirección o coerción, para no referirnos a la acción directa del sector público (nunca he sabido de un curso sobre política de las empresas estatales), se basan en la antiquísima proposición ética liberal que distingue entre libertad (autorizada) y licencia o arbitrariedad (condenada). En su obra *Two Treatises of Government*, Locke afirmó, en la segunda mitad del siglo XVII, que la libertad significa tan sólo no estar sometido a otro poder que el establecido por consenso social; significa estar sometido a las leyes no impuestas desde arriba; significa no estar sujeto a la voluntad arbitraria, inconstante, desconocida, incierta y discrecional de otros, o del Estado. Si se manejan de acuerdo con las reglas del juego fijadas consensualmente, los instrumentos de ac-

ción por inducción no personalizados ni personalizables permiten que los agentes microeconómicos operen en libertad, en el sentido que Locke le atribuía a este término, mientras que los demás instrumentos (directos, de dirección o coerción, o de ambos tipos) someten a las personas a la 'arbitrariedad' del Estado limitando su libertad; restringiendo la 'libre iniciativa'.

En autores como los citados, conmueve su ilimitada confianza en los modelos contruidos por el análisis económico, en lo que toca a su representatividad del funcionamiento de parte o la 'totalidad' del sistema económico. A través de la identificación como fin (a ser elegido por el político) de una variable dependiente del modelo, el economista puede indicar el medio o medios más eficientes (variables independientes del modelo, bajo el control del Estado). El modelo construido por el análisis económico "consiste simplemente en un grupo o juego de relaciones económicas, cada una de las cuales comprende por lo menos una variable que también aparece por lo menos en otra relación que forma parte del modelo".³⁰ Las relaciones económicas del modelo pueden ser: a) de comportamiento, que reflejen la articulación teórica propuesta para variables económicas; b) restricciones institucionales, que reflejen el marco institucional; c) técnicas, que reflejen el marco tecnológico, y d) identidad o definiciones contables tautológicas.

Para que admita solución, el modelo teórico debe reunir varios requisitos matemáticos, entre los cuales el más general consiste en que el número de relaciones (ecuaciones) sea al menos igual al de variables (incógnitas). Este modelo trasladado a la política económica con arreglo al enfoque ingenuo se convierte o puede convertirse en los modelos de decisión. Según su 'inventor', el premio Nobel Ragnar Frisch, el modelo de decisión se plantea de la siguiente

³⁰ Ackley Gardner, *Teoría macroeconómica*, versión española de Manuel de I. Fernández Cepero, México, Uthea, 1965, p. 13.

te manera: "La labor de la economía política consiste en considerar que los datos entre los cuales se incluyen los medios de la política económica son conocidos, y que los fenómenos económicos y las variables que comprenden los fines de la política económica son las incógnitas. El problema de la política económica es considerar los fines como dados y los medios como incógnitas o, al menos, parcialmente como incógnitas."³¹ Un modelo de decisión no necesita cumplir con la condición de solución antes señalada. Si el número de ecuaciones del modelo m es inferior al de variables n , desde el momento en que $n - m$ variables, denominadas grados de libertad del modelo, pueden controlarse a voluntad del Estado, el modelo admite solución. (¡Cuánto placer siente el economista al manejar un modelo con $n - m$ grados de libertad!)

Una digresión: cierto tipo de análisis que se encuentra en las obras de los economistas me trae a la memoria la imagen de los sabios de Bizancio discutiendo acaloradamente acerca del sexo de los ángeles. A manera de ejemplo puede citarse la naturaleza del contenido lógico de los modelos de decisión explicativos (del análisis económico) y normativos (de la política económica). Grave problema: ¿se trata de la misma lógica o son acaso diferentes?

He aquí dos sabios frente a frente, en el calor de la discusión. Koopmans afirma la identidad: "La distinción entre aplicación descriptiva y normativa es ajena al modelo. El hecho de que una proposición concluyente, obtenida de los postulados del modelo, se utilice de manera descriptiva o normativa, no depende del contenido lógico de la proposición, sino del grado en que las opciones consideradas por el modelo estén sometidas a la influencia de quien utilice el análisis".³² "La misma serie de raciocinios

puede servir a la teoría económica explicativa y a la normativa."³³

En el extremo opuesto de esta emocionante controversia encontraríamos a Hans Jurgen Seraphim: "...incumbe a la teoría económica averiguar las condiciones de los fenómenos económico-sociales, es decir, dedicarse a la investigación de causas... Este enfoque causal —lo llamamos teoría económica— se caracteriza por el hecho de que algo determinado, indistintamente de la concepción de su contenido, se hace objeto de la investigación. Este dato es nuestro objeto epistemológico... Tal enfoque, que parte de lo dado e investiga ... sus modalidades, en nuestra interpretación, y en el sentido más amplio de la palabra, es un enfoque teórico causal. Ahora bien, la política económica adopta un enfoque teleológico propuesto por Englis: ... 'el enfoque teleológico, que metodológicamente calificamos en sentido formal de económico-político, nunca puede ser una inversión de la teoría causal, siendo más bien un modo de ver racional de arraigo propio...'³⁴ De esta manera, la ciencia se sitúa en el modo de pensar del sujeto que actúa, el que pondera todas sus intervenciones posibles en el mundo causal exterior, escogiendo una. La ciencia quiere comprender esta selección; desea comprender por qué el sujeto quiere una intervención y no otras, por qué la considera más útil. De esta manera nace un orden de contenido propuesto en el pensamiento; los ordenadores son los fines, los ordenados los medios. La idea del fin propuesto se convierte en causa del acto. De ello se deduce que el estudio teleológico de una materia experimental exige una construcción lógica de los conocimientos que le sea propia, o sea, distinta de la específica del estudio causal. La diferen-

³¹Regnar Frisch, "The responsibility of the econometrician", en *Econometría*, enero de 1946. Tinbergen, otro premio Nobel, en *Economic Policy, Principles and Design*, North-Holland, 1956, p. 9, convierte el modelo de decisión de Frisch en pilar de su monumento.

³²T. C. Koopmans, *Three Essays on the State of*

Economic Science, Nueva York, McGraw-Hill, 1957, p. 64.

³³*Ibidem*, p. 144.

³⁴Englis, Karel, *Teleologische Theorie Der Staatswirtschaft*, citado por H. J. Seraphim, *Política económica general*, trad. de Guillermo G. Arnold, El Ateneo, Buenos Aires, 1961, *passim*, p. 3.

cia entre la forma de los conocimientos causales y teleológicos consiste en que la primera considera que el contenido del conocimiento es simplemente existente y la última, que tal contenido es propuesto. La política económica consistiría en un complejo de postulados ordenados de acuerdo con el principio medio-fin y dominado uniformemente por una finalidad original común".³⁵

Asistimos fascinados a este interesante debate.

No obstante, debemos referirnos nuevamente a aquella confianza que depositan en los modelos los ingenuos autores político-económicos de tradición robbinsiana. En cambio, nada tenemos que decir sobre la representatividad de los modelos, salvo señalar que algunos autores, que siguen la corriente de Robbins, incorporan simultáneamente el paso ideológico señalado en párrafos anteriores.

Cuando se percatan del "problema Torres",³⁶ pueden defender la transposición de la fórmula robbinsiana, siempre que introduzcan en su enfoque de política económica la propuesta neoclásica sobre la restricción de la acción del Estado (circunscrita básicamente a la mantención de las reglas del juego). Es verdad que, en este caso, la innovación es apenas un neologismo. No somos en absoluto contrarios a las innovaciones idiomáticas, porque reconocemos la necesidad de 'revitalizar' las viejas imágenes. En el presente trabajo se considerará que los autores que se encuentran en esta línea son neoliberales. Es importante señalar que muchos otros autores cambian inadvertidamente el sentido de la fórmula robbinsiana, quitándole las limitaciones. Estos caen sea en la confusión comprobada por Taylor, o bien, al pretender ampliar la fórmula robbin-

siana, en la problemática coordinación de Torres.

De lo contrario, abandonan la fórmula indiferente a los fines y, a través de procedimientos científicos, pasan a investigar aquellos que, para la economía en su conjunto, deberían orientar la acción del Estado. Cabe observar por último que la expresión neoliberal es ambigua, puesto que comprende autores de la escuela de Robbins y de la economía del bienestar. Además, el propio prefijo es cuestionable, puesto que, en muchos casos, sólo tiene de 'neo' la formalización adoptada. Más adelante, en la medida en que vayan surgiendo las variantes, llamaremos la atención sobre algunos puntos.

Entretanto, antes de proseguir nuestra caminata por la selva tropical, cabe formular una observación sobre la ingenuidad de la posición neoliberal químicamente pura y su conmovedora confianza en los modelos de política económica obtenidos a través de la inversión de silogismos neoclásicos. (¿Cuál es el nivel de abstracción?) En el plano histórico concreto, ¿pueden aplicarse modelos fluctuantes en la atmósfera enrarecida de unos pocos postulados obtenidos por 'sentido común'? Al parecer, el problema del plano atmosférico no asusta a nuestros ingenuos neoliberales. Les estaríamos atribuyendo demasiada ingenuidad si supusiésemos que, desprovistos de manómetro o embriagados por la altura en que se encuentran, sus funciones cerebrales habrían de estar debilitadas y no desconfiarían del fenómeno histórico concreto. Como no quiero creer en esta hipótesis, admito con mayor facilidad que optaron por la altura, huyendo de algo que descubrió el profesor Steiner, de la Universidad de Illinois, cuando desempeñaba un alto cargo en la administración estadounidense.³⁷

Escuchemos lo que dice el profesor Steiner dando a conocer su descubrimiento: "A menos que se utilicen numerosas abstrac-

³⁵H. J. Seraphim, *Política económica general*, op. cit., pp. 2-4.

El profesor Seraphim dicta clases en la Universidad de Munster y su obra es de 1955; en su traducción española fue el texto básico adoptado por la cátedra de política económica de la Universidad de Buenos Aires para los cursos de los años sesenta.

³⁶*Ibidem*.

³⁷El profesor Steiner fue Director del personal de elaboración de políticas de la administración de producción para la defensa.

ciones y amplias generalizaciones, resulta inevitable perderse en la selva impenetrable de los hechos concretos de las políticas económicas." No obstante, en la presente obra se hace todo lo posible por respaldar las abstracciones con hechos concretos aplicables, a fin de que no carezcan de sentido. Las abstracciones son instrumentos útiles, a través de los cuales pueden explicarse detalles complejos. El simple hecho de suponer que las abstracciones traen consigo estos útiles esclarecimientos significa que deben basarse en la realidad concreta. Sin embargo, cuando alguien llega a la realidad en el campo de la política económica, la considera descorazonadoramente compleja. Como dice Orton: "Mientras más nos aproximemos a la realidad, más debemos reconocer que nos encontramos ante innumerables corrientes de tendencias que siguen cursos paralelos, se mezclan, se contraponen, chocan violentamente, a cuyos orígenes no siempre podemos remontarnos y que nunca salen totalmente a la superficie."³⁸

La situación que encuentra el profesor Steiner es realmente espantosa, y agregaríamos que es también 'espantosa' la interrelación entre abstracción y realidad que hace en su obra.

A mi juicio, y ésta es mi explicación, bien hacen nuestros neoliberales en mantenerse ingenuos en las alturas.

En esta materia conviene señalar además la interesante posición adoptada por nuestro conocido Seraphim: "la política económica nos interesa exclusivamente como ciencia. No nos movemos en el mundo del político militante. Nuestra tarea no está en el terreno de los actos y decisiones personales de naturaleza política, sino en el del adelanto del conocimiento, donde el opinar es subjetivo, las ideologías e idiosincrasias deben eliminarse en la medida de lo posible; y

tiene que ser así, o por lo menos debemos ubicarlas en un plano precientífico. Nuestro procedimiento debe tener tal naturaleza que los resultados a que lleguemos sean válidos en el sentido de que toda persona que acepta las condiciones previas de las cuales hemos partido ha de llegar a los mismos resultados. Pero estas condiciones no deben adoptarse arbitrariamente. Debe ser posible corroborar que fueron propuestas con razón".³⁹ (Aristóteles concuerda, Kant aprueba.)

Veamos hacia dónde se va Seraphim: "Sólo una teoría de modelo que renuncie terminantemente a la aplicación práctica, y que por su carácter hipotético, ni abierta ni clandestinamente, ni con deliberación o sin ella, ni directa o indirectamente, ha de servir de fundamento al juicio sobre la economía real, puede apartarse del conflicto de los juicios valorativos";⁴⁰ y sigue: "Si el hombre de ciencia tuviese que abstenerse de juicios valorativos propios, es decir, si incorporara a sus modelos teóricos las respectivas decisiones tomadas por el político como datos iniciales con igual jerarquía y valor, ello significaría, *de facto*, que se estaría fundando en la ideología dominante, momentáneamente válida. Con ello se rebajaría él mismo, haciéndose propagandista de corrientes de voluntad política; y tarde o temprano caería en justo desprecio, es decir, lograría precisamente lo contrario de lo que anhela conseguir mediante el rechazo de una posición independiente para el juicio valorativo".⁴¹ Al científico de la política económica sólo le cabe una posición: rodearse de un cordón profiláctico y aislarse en una torre de marfil. En estas condiciones, produciría una teoría de política económica fundada en la razón e insospechable *urbi et orbi*, dada la austeridad de anacoreta de nuestro científico, y de esta manera se vencería la barbarie de la ideología y de la política.

Una última observación sobre nuestros

³⁸G. A. Steiner, *Government's Role in Economic Life*, McGraw-Hill Book Company Inc., Nueva York, 1953, p. 16. La cita de W. A. Orton proviene de su obra *The Economic Role of the State*, Chicago University Press, Chicago, 1950, pp. 15 y 16.

³⁹H. J. Seraphim, *Política económica general*, *op. cit.*, p. 1.

⁴⁰*Ibidem*, p. 49.

⁴¹*Ibidem*, p. 50.

“neoliberales”. ¿Qué es el Estado en sus ideas sobre política económica? Un personaje tan abstracto como los demás sujetos (consumidores, empresas, etc.); tiene fines y es racional, luego busca economía de medios. Nuestros liberales no se preocupan mucho de la especificidad de este sujeto y en ello difieren mucho de los economistas de la escuela clásica inglesa. Del Estado ideal que anhelaban los economistas clásicos ingleses, el neoclasicismo derivó la asepsia de que disfrutamos. Robbins dice en una obra de su madurez: “Por teoría de la política económica entiendo el cuerpo general de principios de acción o inacción gubernamental —la agenda o nonagenda del Estado como las llamó Bentham— con respecto a la actividad económica”.⁴² Este Estado tenía al menos alguna materialidad propuesta por el utilitarismo inglés. No era el fantasma abstracto de las trasposiciones político-económicas derivadas del joven Robbins por un neoclasicismo mal aconsejado. Bresciani-Turroni habla del fantasma: “Sociedad, Estado, no son sino abstracciones —en realidad, no hay sino individuos con sus necesidades, esfuerzos, pasiones, ideales”.⁴³

Finalmente cabe observar que los liberales, que aman el formalismo y se interesan por los esquemas simétricos, ciertamente deploran no haber descubierto la trascendental clasificación propuesta por Di Fenizio: la micropolítica, que investigaría modelos normativos para el consumidor y el productor, y la macropolítica, que consideraría modelos normativos para el Estado.⁴⁴

En la selva tropical (textos y manuales de política económica) en que nos debati-

mos, los árboles no son homogéneos. Cada persona adquiere forma específica y ramaje y rugosidades especiales. El árbol crece por fotoorientación, compitiendo con muchos otros seres vegetales. Si falta la luz solar, se atrofia: pero nunca sin antes haber tratado de echar brotes por cualquier resquicio promisorio. Así, pues, no debe sorprendernos que cada autor sea algo diferente del otro. Tienen que diferenciarse y confundirse. En verdad, cada obra difiere de la otra por algún brote o pliegue singular. No es preciso conocer todos los árboles y arbustos del bosque, ello sería imposible y tremendamente monótono; sin embargo, conviene presentar algunos ejemplos. Con este fin, volvemos a examinar la obra del profesor Torres, autor de dos arbustos.⁴⁵

Después de repetir el planteamiento de Robbins, Torres nos ofrece *la siguiente variación*: “Aunque pueda parecer una paradoja, los economistas que trabajan en el sector público tienen mayores posibilidades de utilizar, con precisión, su ciencia que aquellos que trabajan en una empresa”. Para Torres, la posibilidad de diagnóstico y operación de la política económica es más fácil en el plano global que en el parcial y ello por las siguientes razones:

- a) Los fines son privativos de lo político y no tienen contenido específicamente económico. En su elección pesan consideraciones sociales, técnicas, etc. El fin económico está subordinado a la política general. Sin embargo, el economista ve mejor que el profano las incompatibilidades entre los fines y se puede solicitar su ayuda para la “homogeneización de los fines de la política económica con aquellos de otras ramas de la política. Sin su ayuda resulta imposible realizar una selección racional de los bienes.”⁴⁶

⁴²L. Robbins, *Teoría de política económica*, versión española de Luis Guereca Tosantos, Rialp, Madrid, 1966, p. 16.

⁴³C. Bresciani-Turroni, *Einführung in Die Wirtschafts Politik*, Berna, 1948, p. 30. Citado por Seraphim, en *Política económica general*, op. cit., p. 33.

⁴⁴F. Di Fenizio, *El método de la economía política y de la política económica*, Barcelona, Bosch Casa Editorial, 1961. El Profesor Di Fenizio desempeña la cátedra de economía política de la Universidad Comercial L. Bocconi de Milán.

⁴⁵M. de Torres, *Teoría y práctica en la política económica*, op. cit., e “Introducción” en R. Walker, *De la teoría económica a la política económica*, op. cit.

⁴⁶M. de Torres, “Introducción”, en R. Walker, op. cit., pp. XIX y XX.

- b) Para indicar los medios adecuados es imprescindible el economista. "Aquí todo es técnica y economía, salvo el pequeño margen de decisión política que consiste en la opción entre medidas alternativas ... e incluso en esta situación, el señalamiento de los medios y [la] descripción [de sus probables efectos] es algo que sólo el economista puede conocer".⁴⁷
- c) A la pregunta de para qué sirve el economista como auxiliar del gobernante en la ejecución de la política económica, responde Torres: "...es evidente y claro: la principal función del economista es recordar las verdades elementales y sencillas, las verdades olvidadas [y dormidas] en los últimos y recónditos senos de la memoria. Recordar la verdad y hacer que la verdad mantenga su dominio; que la verdad campee con el atractivo y la belleza de una bandera desplegada".⁴⁸

Aquí, el profesor Torres considera al economista imprescindible para una compatibilización (coordinación) racional de los fines, casi omnipotente en cuanto a los medios y guardián de la verdad. Y pese a que estemos algo en desacuerdo con la percepción estética del profesor Torres, ¡qué bella es esa misión!

(La posición es de naturaleza ingenua y se trata de un arbusto más atrevido; bajo el sol de España crece la misión del economista: garantizar la compatibilidad racional — la coordinación — de los fines.)

Sin embargo, no fue una figura literaria de tradición meridional lo que dio lugar a la autosatisfacción de Torres. En otras latitudes, cuyo 'pathos' cultural es más austero, otro autor elogia con entusiasmo la misión y el resultado concreto de la acción del economista en materia de política económica. Billy afirma textualmente: "Los notables resultados logrados por la economía holan-

desa de posguerra se deben, en parte, a los trabajos de Tinbergen".⁴⁹

Otro ejemplo de elogio entusiasta: Heller, profesor de la Universidad de Minnesota (y presidente del consejo de asesores económicos en los gobiernos de Kennedy y Johnson), expresa: "La economía ha entrado en su mayoría de edad en los años sesenta. Dos presidentes han reconocido y considerado la economía moderna como fuente de fuerza nacional y poder presidencial. Su voluntad de usar, por vez primera, el conjunto completo de los instrumentos de la economía moderna nace de la expansión ininterrumpida de Estados Unidos desde principios de 1961; expansión que, en sus primeros cinco años, creó más de siete millones de nuevos empleos, dobló los beneficios, incrementó el producto nacional real en un tercio y colmó la diferencia de 50.000 millones de dólares entre la producción real y la producción potencial de la economía norteamericana en 1961".⁵⁰ "Parte de la fuerza política del economista radica, pues, en una ampliación de la base de la teoría económica, la estadística y la investigación. Pero su influencia sobre los que elaboran las decisiones — ya sea en la Casa Blanca o en el Pentágono — también se deriva de su particular enfoque analítico. Los problemas de elección son su pan de cada día. En cualquier caso, sus puntos de vista deben definir los problemas y encontrar soluciones en términos que claramente indiquen al que elabora las decisiones cómo se puede conseguir un objetivo a un coste mínimo..."⁵¹ (¡Otro robbinsiano!)

"La elevación del papel del economista político viene también motivada por el creciente consenso profesional. Es verdad que las voces estridentes de grupos minoritarios, los duros debates respecto de objetivos sociales y las diferencias en la elección de

⁴⁷ *Ibidem*, p. XXI.

⁴⁸ *Ibidem*, p. XXIII.

⁴⁹ J. Billy, *La política económica*, trad. de Solange Amelot, EUDEBA, Buenos Aires, 1964, p. 16.

⁵⁰ W.W. Heller, *Nuevas dimensiones de la economía política*, trad. de Salvador Condominas, Nueva Colección Labor, Editorial Labor, Barcelona, 1968, p. 15.

⁵¹ *Ibidem*, p. 18.

instrumentos pueden oscurecer su tarea de cuando en cuando." "Las principales funciones del asesor económico, tales como las he visto y conocido, son analizar, interpretar y prever; dar asesoramiento político, educar, adaptar y descifrar. Felizmente para el asesor económico, la política y la economía están a menudo en armonía más bien que en conflicto. Para él, la felicidad estriba en que una necesidad política pueda ser complementada por medio de un bien económico."⁵²

Hay economistas que se sienten orgullosos de su aporte a la política económica. Sin profundizar el análisis, escuchemos lo que dice Meynaud: "Como todos los demás especialistas, el economista contribuye directa o indirectamente a la formación de las ideologías... Por otra parte, cabe observar sin originalidad que las autoridades de todas clases tienden a dirigirse a los especialistas que profesan una ideología análoga a la suya

y, por consiguiente, favorable a los proyectos previstos. De tal manera que en muchos casos resulta concretamente difícil separar una opinión sobre los instrumentos de una apreciación de los objetivos".⁵³ Para que la observación no se atribuya a un politólogo escuchemos a un economista totalmente imparcial, el profesor Smithies, de la Universidad de Harvard: "Al elegir un asesor, el presidente da por sentado que las ideas sobre política económica de su consejero son compatibles con las suyas propias y no obtendrá mucha ayuda si su consejero (economista) no desea comprometerse con los problemas de la política".⁵⁴

El regocijo de Torres y Heller es auténtico, pues parece que confunden el éxito de sus carreras como economistas con el aporte del economista a la política económica. Insignificante y casi imperceptible error de apreciación.

III

Una vez más el formalismo - círculo vicioso

"No cabe, por ende, esperar de nosotros una historia completa ni una elaborada teoría del juego de abalorios; ni autores más dignos ni hábiles que nosotros podrían lograrlas. Esta labor queda reservada a épocas venideras, si las fuentes y las premisas espirituales no llegan a perderse antes. Tampoco aspira nuestro ensayo a ser un manual del juego; tal manual jamás podrá escribirse. Las reglas del juego se aprenden solamente por el método normal y preestablecido, que requiere varios años de estudio, y ninguno de los iniciados podría nunca tener interés en tornar más fáciles para el entendimiento las mentadas reglas."

(Hermann Hess)*

La obra *El método de la economía política y de la política económica*, del

profesor Di Fenizio, es ejemplo de la larga discusión en el vacío que se ha mantenido por generaciones a lo largo de más de un siglo, y todo indica que continuará estimulando a cierta clase de economistas. Escogemos a este autor, entre varios equivalentes, primero, porque su obra es reciente (la tercera edición revisada apareció en 1960) y, por lo tanto, recoge toda una serie de elaboraciones del debate sobre el tema, y segundo, porque es un texto didáctico por el cual puede felicitarse doblemente el autor: ante todo, por la claridad con que presenta su argumentación y, luego, por la conmovedora sinceridad con que se lanza de frente y sin vacilaciones a analizar cuestiones en que la

⁵³J. Meynaud, *La elaboración de la política económica*, op. cit., p. 128.

⁵⁴A. Smithies, "The welfare economics and policy", en *Economics and Public Policy*, Washington, The Brookings Institution, 1955, p. 14.

⁵²*Ibidem*, varios lugares, pp. 20, 26 y 27.

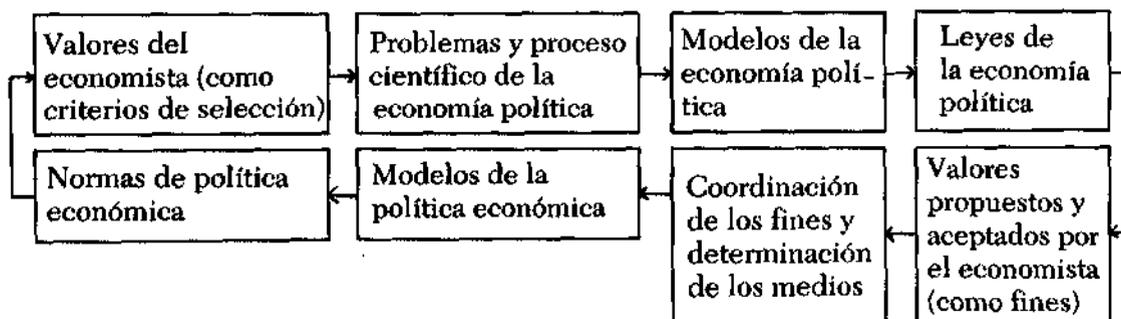
*De *El juego de abalorios*.

prudencia ha recomendado discreción a otros autores de la misma categoría.

En su obra, Di Fenizio sintetiza el resultado de sus especulaciones en un gráfi-

co, que nos permitimos reproducir:

Un procedimiento 'típico' en la 'ciencia económica'



Escuchemos lo que dice el autor sobre su gráfico: "El amplio análisis realizado sobre las diversas etapas del procedimiento científico en la física y en la biología nos permitieron establecer las distintas etapas tanto del método de la economía política (ciencia positiva) como de la política económica (ciencia normativa). Como conocemos las relaciones entre las dos ramas, positiva y normativa, de la ciencia económica, convendrá abarcar en una visión global un proceso de investigación referido típicamente a estas dos ramas del saber. Supóngase que algunas observaciones económicas superficiales sobre la realidad circundante provoquen en el investigador un estado de insatisfacción en cuya base se encuentren sus propios juicios de valor; así, pues, el economista tendrá ante sí un problema, y utilizando algunos valores como principio de selección, realizará una investigación de economía positiva. De esta manera, logrará elaborar modelos de economía política y formular leyes económicas; podrá proseguir sus investigaciones sin abandonar el campo de la ciencia económica; adoptará algunos valores como fines por alcanzar; utilizará los modelos y las leyes establecidas con el propósito de determinar los medios adecuados para alcanzar tales fines, y, finalmente, sugerirá las normas que considere adecuadas a las finalidades propuestas. De esta manera, su trabajo estará terminado y se comprobará que las dos ramas de la ciencia

económica —positiva y normativa— constituyen un todo bastante compacto".⁵⁵

"La economía política a menudo elige sus valores por indicación de la política económica y establece uniformidades adecuadas para mostrar lo que es en una determinada situación de hecho; en cambio, la política económica utiliza las uniformidades de la economía política para alcanzar otros valores o fines y, en consecuencia, aspira a modificar lo que es, proponiendo normas en torno a lo que debe ser".⁵⁶

Este es un maravilloso circuito manejado por un sabio, el economista: leyes y modelos, desde lo que es hasta lo que debe ser, de los fines a las leyes, de las leyes a los fines, tal como el que dirige el proceso de creación científica señala a su alumno, la sociedad, el buen camino. Ante todo, cabe señalar que en las palabras recién transcritas se divisan con bastante claridad las rigurosas reminiscencias del positivismo comtiano, cuyo origen histórico —el capitalismo de la primera mitad del siglo XIX— fue el mismo del neoclasicismo.

Los seis volúmenes de la obra *Cours de philosophie positive* se publicaron en el período transcurrido entre 1830 y 1842. La primera edición de *An Outline of the Science of Political Economy*, de Nassau Senior,

⁵⁵F. Di Fenizio, *El método de la economía política y de la política económica*, op. cit., pp. 363 y 364.

⁵⁶*Ibidem*, p. 354.

apareció en 1836 y la segunda en 1850. La voluminosa obra de Comte y Littré coincide con la producción de la escuela de Viena. Stuart Mill, militante del positivismo, estableció los hechos síquicos como estados elementales a cuya unión se atribuye un carácter sustancial, no siendo procedente investigar el fundamento de esta sustancia porque el observador debe atenerse exclusivamente a las relaciones entre los estados mentales elementales y a la formulación de las leyes pertinentes. De inmediato queda de manifiesto este aporte a la construcción del neoclasicismo. Por lo demás, la trayectoria académica de ambos movimientos es idéntica en lo que toca a duración y adaptabilidad a mutaciones parciales, y subsiste hasta nuestros días. Prueba de esta longevidad y adaptabilidad a 'modificarlo todo sin modificar nada' es la 'actualidad' de obras tan divulgadas como la de Di Fenizio.

El análisis de las reminiscencias del positivismo comtiano que se encuentran en la obra de este autor y la complejidad de sus reflexiones, servirán para explicar una forma muy frecuente y recurrente de abordar el concepto de política económica. Ante todo, se realiza de manera ritual un esfuerzo continuo por conducir la economía como conocimiento, en el lenguaje comtiano, al estado de ciencia positiva. Los manuales de economía repiten hasta la saciedad este tema, consumiendo apreciable tiempo del lector en demostrar que la economía es ciencia.⁵⁷ La maldición comtiana de la oración del conocimiento (la trilogía de la ley de las tres etapas: teológica, metafísica y positi-

va) exige esta demostración de parte del economista 'oficial'. Por otra parte, como mejor prueba de la madurez de su ciencia, también repite hasta la saciedad la cantinela de los equilibrios. Por una convicción circular, la construcción neoclásica es definitiva, y como es la prueba de un estado positivo de la ciencia económica (que en el positivismo es definitiva) sirve, pues, *ad infinitum* como permanente demostración de su 'naturaleza científica positiva'.

Di Fenizio expresa que: "La ciencia (economía) procura decir algo sobre la realidad tal cual es: accesible a la percepción, presente ante nuestros sentidos".⁵⁸ Así, pues, la economía política es una ciencia que pertenece al grupo empírico y no al grupo formal (lógica y matemática). Asimismo, Di Fenizio esclarece cuál es su aspiración: "La (economía política) trata de decir algo respecto del mundo existente y, más concretamente, de explicar y predecir los acontecimientos, a fin de dominarlos (fin último de las ciencias empíricas)".⁵⁹ Las ansias de legitimación científica alcanzan también a la política económica. Disponible de inmediato o meta de reflexión de los sabios, existe o existirá, una teoría de la política económica. ¿En qué se diferencia de la economía política? Respuesta: en que es normativa. Escuchemos una vez más a Di Fenizio: "Dado que la política económica no tiene por objeto averiguar lo que es, sino estimular el logro de algo que se estime 'bueno', 'justo', 'viable' o algo similar, no es una ciencia positiva, sino una ciencia normativa. Es decir, no se limita a aceptar valores como elementos

⁵⁷ Esto puede hacerse de muchas maneras. Por ejemplo, es característica la afirmación que se encuentra en el manual introductorio de J.R. Hicks y A.G. Hart, *Estructura de la economía: introducción al estudio del ingreso nacional*, versión española de R.A. Zúñiga T., Fondo de Cultura Económica, México, 1965, p. 11: "La economía—tema que vamos a estudiar en este libro y en los sucesivos que, espero, algún día le seguirán— es una ciencia, una de las ramas de ese gran estudio sistemático del mundo en que vivimos y en el cual escribimos Ciencia con C mayúscula". Esta es la primera frase de un manual que pretende ser el primero. Después de señalar en la página 12 que la "economía es la ciencia que se ocupa de los asuntos comerciales" (trueque y

distribución), da muestras de orgullo profesional (en la página 13) cuando expresa que: "La ciencia económica intenta estudiar esas actividades científicamente; en realidad, en la aplicación de métodos científicos al estudio de la conducta humana ha logrado mayores progresos que las otras ciencias sociales". Llama la atención sobre la semejanza con las demás ciencias: "El método de la investigación económica moderna es el mismo que el de todas las ciencias".

⁵⁸ F. Di Fenizio, *El método de la economía política y de la política económica*, op. cit., p. 17.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 18.

selectivos de su campo de investigación, como criterios de elección, sino que los acepta como punto focal de las normas y de los preceptos que desea ver adoptados o que, en todo caso, sugiere".⁶⁰

Es preciso esclarecer el sentido del fin último de la ciencia empírica: el dominio. "Este dominio de la ciencia sobre la realidad es de naturaleza compleja. Incluso puede ser estético o intelectual, y no significa tan sólo, como muchos creen, la posibilidad de modificar los acontecimientos".⁶¹ Este dominio es distinto del programa de la ciencia normativa, que tiene la otra misión: "Esta se denomina política económica y procura, ya sea con la ayuda de las leyes y de los modelos establecidos por la economía política, dictar normas sobre cómo debe comportarse, por ejemplo, la unidad de consumo o la unidad de producción cuando desea alcanzar ciertos fines (micropolítica) o trata de elaborar preceptos (normas, consejos relativos a lo que debe ser) sobre cómo deben conducirse los grupos dotados de poder cuando se desea que, en el ámbito del sistema económico en cuestión, se logren otros fines determinados (macropolítica o política económica en el lenguaje corriente)".⁶²

La 'ciencia oficial' reconoce abiertamente la aspiración de construir la teoría de la política económica. Escuchemos al profesor Smithies: "La economía ha estado siempre relacionada con la política. La mayor parte de los economistas han actuado movidos por el deseo de promover lo que consideraban que era una mejora social. Cournot, Walras y Schumpeter pertenecen a un grupo que constituye una escasa y eminente excepción y cuyos nombres vienen inmediatamente a la memoria. Adam Smith, Ricardo, Mill, Marshall y Keynes pertenecen en cambio al grupo de economistas con fuertes motivaciones políticas. El sistema de equilibrio general de Walras, por ejemplo, puede considerarse tanto un instrumento explicativo

como una prescripción de una norma económica para la sociedad. Su teoría proporciona un sólido apoyo al punto de vista de que una sociedad individualista puede lograr resultados armoniosos y económicamente deseables".⁶³ La lectura de este párrafo de Smithies, es convincente, puesto que incluso los no políticos contribuyen al trabajo de los economistas políticos.

El economista como sabio —científico positivo— dicta normas y establece preceptos (como es natural, fundados en premisas de valor) a las microunidades y a los grupos dotados de poder. ¿En qué se basa? Respuesta: en la ciencia. "Hablando en términos generales, toda la investigación en materia de política económica se manifiesta, en primer lugar, en un análisis de las relaciones existentes entre los diversos fines económicos propuestos por la política; a continuación, y éste es el aspecto más evidente de la investigación, en la indicación de los medios aptos para alcanzar tales fines".⁶⁴ "...para lograr esto, se vale de las leyes y de los modelos elaborados por la economía política como ciencia positiva. Al proponer medios para alcanzar los fines deseados por ciertos grupos dotados de poder, utiliza precisamente las uniformidades que ofrecen los economistas".⁶⁵

En segundo lugar, cabe subrayar la identificación del economista con el sabio. Las citas de la obra de Di Fenizio revelan claramente cuál es la aspiración del economista que maneja la teoría de la política económica: dictar normas y formular preceptos basado en la seriedad de sus conocimientos científicos positivos; la posición que pretende ocupar en la jerarquía social: aconsejar, con la dignidad y con la calma de sus blancas barbas, a los consumidores, a los dueños de las unidades de producción, y a los grupos dotados de poder. Este papel de sabio forma parte de la ética científica del

⁶⁰ *Ibidem*, pp. 348 y 349.

⁶¹ *Ibidem*, p. 18.

⁶² *Ibidem*, p. 24.

⁶³ A. Smithies, "El bienestar económico y la política" en *Economía y Política*, Madrid, Rialp, 1968, p. 11.

⁶⁴ F. Di Fenizio, *El método de la economía política y de la política económica*, op. cit., pp. 349 y 350.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 351.

positivismo comtiano. En las primeras etapas de su evolución el positivismo fue una doctrina de apacible reforma social: reflejando la 'operación limpieza' que los nuevos grupos dominantes del capitalismo en sus momentos tranquilos (primera mitad del siglo XIX) se propusieron hacer de lo que quedaba del antiguo régimen, la ideología positivista predicaba como doctrina moral una norma para la sociedad y reglas de vida para el hombre. En materia política adhirió a la antigua doctrina del derecho natural. Como doctrina funcional del conocimiento en relación a la sociedad, partió de una doctrina del saber. De ésta derivaría la norma para la sociedad y la regla para la vida del hombre. La etapa positiva no es tan sólo una forma y etapa de la organización de las ciencias, sino también la 'productora' en una etapa positiva para la sociedad. En el punto culminante del desarrollo del conocimiento, ésta dispondrá de una sociología positiva donde prevalecerán los valores del pacifismo, el orden y la jerarquía. "El amor como principio, el orden como fundamento y el progreso como fin"; y en esta jerarquía, el poder espiritual corresponde a los sabios y el poder temporal a los industriales. Demostrada la etapa positiva de la ciencia económica, el economista es elevado a la posición de sabio, el neoclásico recibe la parte que le corresponde del poder espiritual. Se comprende, pues, el valor que revisten los 'equilibrios' para el economista —es su credencial para el poder.

Asimismo, se comprende el tono benévolo y doctoral de una teoría de la política económica. Se revela la significación semántica precisa de la expresión 'fines de la política económica', de uso tan frecuente. Fin no es sinónimo de objetivo; fin es el consejo del 'venerable y benévolo barbas blancas'. Fin es el deber ser, la norma. El objetivo económico pertenece a otra categoría. Volvamos a Di Fenizio para dilucidar: "La acción económica no es una ciencia como rama del saber generalizadora. Es una actividad realizada por el gobierno de determinada comunidad, o por grandes grupos

económicos dotados de poder, para alcanzar determinadas finalidades prácticas, utilizando para estos fines tanto las leyes de la economía política como los preceptos de la política económica".⁶⁶

En épocas tranquilas la posición del sabio es tranquila. Encerrado en la cátedra de la 'ciencia oficial' aconseja, con su poder espiritual, a quienes detentan el poder temporal. En épocas de tormenta el cuadro es diferente: la 'ciencia oficial' queda desconcertada, puede optar por una línea 'pragmático-operativa', descender de la cátedra, arremangarse, vociferar encomios e inventar tecnicismos; sin embargo, al hacerlo sufre una 'crisis de dignidad académica' —es lamentable arrastrar sus blancas barbas en la 'acción económica'—. El otro camino es inclinarse al absurdo, cuya posición límite es la de nuestro ya conocido profesor Seraphim. (Por lo demás, la tradición del absurdo tiene precedente en la propia evolución del positivismo comtiano: el culto a Clotilde de Vaux, la religión de la humanidad en el pasado, en el presente y en el futuro, como Ser Supremo, etc.; la crítica idealista de la religión del positivismo inicial convertida en religión secularizada por el positivismo en su etapa avanzada. Tenemos bastantes pruebas de que la economía también puede convertirse en objeto de culto.) En el siglo XX veremos a la 'ciencia económica oficial' dividirse en estos dos caminos con obvias repercusiones en lo que toca a concepciones distintas de la política económica.⁶⁷ Sin embargo, por el momento no nos anticiparemos al tema.

En tercer lugar, recordemos que el positivismo es una teoría del saber que se niega a reconocer otra realidad que no sean los

⁶⁶*Ibidem*, p. 363.

⁶⁷Seligman, comentando el discurso pronunciado por el profesor Samuelson como presidente de la *American Economic Association*, en 1961, dijo: "(Samuelson) aseguró que existía una dicotomía entre la lógica interna de la ciencia y sus implicaciones para el hombre de la calle, dicotomía a la que él parecía dar la bienvenida. De hecho, el buen economista político solía ser un analista indiferente y el buen analista no tenía por qué preocuparse por el estado del mundo". (B. B. Seligman) *op. cit.*, pp. 525 y 526.

hechos; se niega a investigar otra cosa que no sea la relación entre los hechos. Acepta el hecho como significación empírica de la afirmación de la existencia. El hecho como objeto del conocimiento positivo solamente se da a través de las informaciones de los sentidos. Por lo tanto, la tarea del científico consiste en captar los hechos en el plano en que le son dados, tal como se le aparecen —plano de apariencia— y articular sus relaciones.

Así, pues, el positivismo pretende atenerse a lo dado por los sentidos y no salir jamás de lo dado. El rechazo de todo conocimiento *a priori*, de la intuición directa de lo inteligible y del método deductivo, y la reducción de la filosofía a los resultados de la ciencia, etc., pueden derivarse del enunciado del positivismo en épocas tranquilas. En tiempo de tormenta, bajo la forma de positivismo lógico, se olvida de alguno de estos distinguos y con distintos malabarismos echará mano a algunos procedimientos que en su etapa tranquila condenó como precientíficos.⁶⁸ Sin embargo, volvamos a su primer planteamiento. No corresponde al científico responder al qué, al por qué, y al para qué (estaría recurriendo a la metafísica o quizás a la teología), sino explicar cómo se articulan las relaciones interfactuales. El profesor Popper expresa que: "No interesan preguntas tales como ¿qué es la energía?, ¿qué es el movimiento? o ¿qué es el átomo? Por el contrario, el físico moderno formula preguntas tales como: ¿cómo puede utilizarse la energía solar?, ¿cómo se mueve un planeta? ... y a los filósofos ... que por desgracia no pueden dar respuestas exactas a las preguntas que comienzan por un "¿cómo?" sin

⁶⁸Resulta bastante sintomático que T. W. Hutchison, que fue el primero en introducir el criterio de verificación del positivismo lógico en el estudio, haya publicado su obra *The Significance and Basic Postulates of Economic Theory* en 1938, año del máximo desaliento respecto de lo económico y del panorama internacional. Esta discusión continúa hasta nuestros días: Machlup, Friedman, Koopmans, Rotwein, Gordon, Schoeffler, Buttrick, y otros, son algunos de los que han participado en la controversia sobre el positivismo lógico en economía.

antes haber contestado las preguntas que se formulan mediante la expresión '¿qué?', el científico responderá que prefiere el modesto grado de exactitud a que puede aspirar con sus métodos antes que la presuntuosa confusión que ellos lograron con los suyos".⁶⁹ Este criterio favorece el análisis y rechaza la crítica, puesto que lo real en el plano de la apariencia siempre nos aparece fragmentado.

La economía como análisis que da preferencia a algunos fenómenos, que busca sus relaciones formulando hipótesis y verificándolas, sistematizando estas hipótesis bajo la forma de teorías (o modelos) coordinados; la economía como análisis empírico de lo aparente: éste es un nivel al cual el neoclasicismo en sus versiones ingenuas cree llegar.⁷⁰ (¡Atroz problema residual el de verificar las hipótesis!)⁷¹

Finalmente, una de las constantes del positivismo en sus múltiples y sucesivas versiones y del neoclasicismo en sus reediciones, y su corolario, es la posición 'historiófoba'. La historia se acepta apenas como crónica, porque 'por su naturaleza, apunta a lo individual, a lo único, a lo particular'.⁷² La historiofobia rechaza de plano toda y cualquier posición que en sus propios términos haga de la 'sociología la historia teórica',⁷³

⁶⁹K. Popper, *The Open Society and its Enemies*, Princeton University Press, 1950, p. 62, citado por Di Fenizio, *op. cit.*, p. 26. Hay versión española, con el título *La sociedad abierta y sus enemigos*, Buenos Aires, Paidós, 1967 (traducción de Eduardo Loedel).

⁷⁰Nuestro conocido Robbins es un apriorista radical que sostiene que la teoría económica es un sistema de deducciones a partir de una serie de supuestos no susceptibles de verificación empírica. La posición contraria sería la de ultraempirismo, que pretende partir de hechos y no de supuestos. La 'ciencia oficial' ha oscilado entre estos dos extremos.

⁷¹Sobre las dificultades y falta de brillo de la construcción deductiva del neoclasicismo para la comprobación de las hipótesis existe abundante literatura. Recomendamos a los interesados consultar las secciones 3 a 6 del capítulo II de la obra de A. Lowe, *On Economic Knowledge - Toward a Science of Political Economics*, versión brasileña, Río de Janeiro, Zahar, 1969, pp. 55 a 73.

⁷²F. Di Fenizio, *El método de la economía política y de la política económica*, *op. cit.*, p. 18.

⁷³K. R. Popper, *The Poverty of Historicism*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1957.

clasificando en el grupo de las posiciones que denomina 'historicistas' las que adoptan las doctrinas que se conocen como escuelas histórica, nacional-económica e institucionalista. En el mismo grupo historicista se sitúa al marxismo. Para el positivista, la sociología del conocimiento aparece como una jugarreta y Mannheim como un irreverente. Cualquier consideración que acepte la historia como movimiento, es metafísica o preciencia.⁷⁴ La ciencia positiva es necesariamente generalizadora: de la masa de hechos tiene que extraer relaciones interfactuales universales y atemporales.

El amor a lo universal, a lo atemporal y a lo general tiene una clara derivación en la posición de la teoría de la política económica como ciencia normativa, del neoclasicismo que, a falta de mejor denominación, llamo 'recetalismo' abstracto. Señalar el deber ser, sin prestar atención al problema de la viabilidad de la recomendación. Claro, puesto que ello remitiría al incómodo particular histórico concreto.⁷⁵ Existen manuales enteros de recetas político-económicas que, perdonando la falta de respeto, siempre me trajeron a la memoria los libros de arte culinario.

Rectifico, encuentro una diferencia. Es legítimo que un Brillat Savarin recomiende cómo preparar un manjar apetitoso. La viabilidad no le interesa: si el que adquiere su libro dispone de una buena cocina y de recursos para adquirir los insumos recomen-

⁷⁴A los que se interesan por conocer los mejores argumentos contrarios al historicismo, aconsejamos la lectura de la obra de Popper, *Ibidem*, así como su *The Logic of Scientific Discovery*, Londres, 1959. Hay versión española, con el título *La lógica de la Investigación Científica*, Madrid, Ed. Tecnos, 1967.

⁷⁵En sus mejores versiones, los manuales que dan recetas elaboran tipologías de situaciones históricas concretas. El texto de J. E. Meade, *The Stationary Economy*, Londres, George Allen & Unwin Ltd., 1965, es un excelente ejemplo de lo mejor que puede obtenerse. Un esquema de la posición se encuentra en H. C. Johnson, "The taxonomic approach to economic policy", *Economic Journal*, 1951, vol. LXI: "La teoría económica puede emplearse con más utilidad en los problemas de la política económica ... dentro del marco de un problema específico que se desarrolla en un medio ambiente igualmente específico".

dados, y puede pagar el sueldo del *cordón bleu*, el tratado le será de gran utilidad.

Distinto es el destino de los millones de textos que recomiendan como objetivos político-económicos el pleno empleo, la estabilidad de precios, el equilibrio del balance de pagos, etc. Volúmenes y más volúmenes que, basándose en la teoría de la política económica y luego de analizar el crecimiento económico como si éste dependiese de la tasa de formación de capital y de la productividad del capital, concluyen triunfalmente por recomendar que se aumente la tasa de ahorro interno y que se amplíe la productividad de las nuevas inversiones. Textos que recomiendan con mayor o menor énfasis que aumenten las inversiones en el factor humano. Pomposos consejos que se expresan de la siguiente manera: la inflación es el mal; su solución consiste en estabilizar los precios y para ello hay que detener el incremento de la demanda global y atenuar las presiones de los costos. Solemnes informes con recetas político-económicas para acelerar el desarrollo económico, que recomiendan realizar una reforma agraria para aumentar la productividad de la tierra, o el trabajo, o ambos, o dinamizar el consumo interno, o las dos cosas simultáneamente, etc. Reconozco que me cuesta justificar esta clase de texto.

En bien de la verdad hay que destacar que algunos autores de la 'ciencia oficial', más atinados, advierten como Morgenstern, citado por Di Fenizio: "En el punto culminante de todos los posibles errores que puede cometer el economista profesional se encuentra la identificación de la teoría económica con alguna forma particular de aplicación ... La economía es una ciencia empírica aún embrionaria, bastante más alejada de los hechos de lo que debería estar".⁷⁶ En cambio, la política económica "en la mayor parte de los casos, es política en el sentido real".⁷⁷

⁷⁶Morgenstern, citado por Di Fenizio, *op. cit.*, p. 119.

⁷⁷*Ibidem*, p. 131.

Otros, como Walker, son más agudos: "La distancia que separa la teoría económica de la política económica es debida, en parte, a la tremenda complejidad de los problemas prácticos que se refieren a la política económica y a los obstáculos que se oponen al empleo del método científico. Cada rama de la ciencia tiene sus propias limitaciones externas de esta clase. Pero existen también las limitaciones que los economistas, conscientes de la posición independiente de su

ciencia, se han impuesto mediante sus definiciones de la extensión y método de la ciencia económica. En los últimos cien años la tendencia ha sido de estrechar cada vez más estos límites, con la intención de delimitar un campo dentro del cual los postulados de la ciencia económica serían tan indiscutibles como las teorías comprobadas de otras ciencias reconocidas".⁷⁸

⁷⁸R. Walker, *op. cit.*, p. 5.